

YO HE ESTADO EN MARTE

Por Narciso Genovese

PROLOGO

En este nuestro Planeta-manicomio, lo que llamamos adelanto científico está en relación con el dinero disponible. ¿Cree usted que el talento y la ciencia se puedan calibrar sólo con dinero?

¿Está usted convencido que todos los científicos de la tierra se han agrupado al servicio de dos naciones? ¿Y cree que las que pagan esos servicios sean las naciones más cuerdas?

¿Cómo califica usted a un pueblo que puede derrochar miles de millones de dólares para explorar el espacio, y no puede gastar algunos para robustecer los diques de ríos, con el fin de salvar sus ciudades de desastrosas inundaciones?

¿Será verdaderamente sabio un gobierno que desangra a su pueblo con el mismo utópico objeto, y no puede ni siquiera producir el trigo para el pan que el mismo pueblo necesita?

¿Y qué opinaría usted si llegara a comprobar que estas insensateces no persiguen otro fin que una barata y vulgar competencia publicitaria?

Si usted está conforme con estas comedias pseudo-científicas no debe molestarse para leer una sola página de este libro; y si son muchos los que piensan como usted, yo me declaro avergonzado de sentirme inquilino de un planeta que va revistiendo cada día más el carácter de manicomio.

Pero, por fortuna, no es así.

Son muchos los sabios que pueblan la tierra.

Son muchos los sabios que no se venden a ideologías políticas.

Son muchos los sabios que no se prestan a la teatralidad.

Son muchos los sabios que no se venden por un sueldo.

Son muchos los sabios que dedican sus esfuerzos para el bien de la humanidad, que desechan los infames estacados de las fronteras; que tienen corazón suficiente para albergar sentimientos para todos, y no sólo para los reclusos de los separos que han crucificado al Dios universal para instalar los ídolos de barro de patrias mezquinas, que han impuesto como ley el odio hacia el vecino, y como deber, su asesinato.

Son muchos los sabios que ven en la guerra el estigma infame, que hace de los habitantes de la tierra, el ser más repugnante entre los seres que habitan los miles de millones de planetas de nuestro maravilloso universo.

Y, por fortuna, estos sabios son mucho más sabios; y sus esfuerzos han sido compensados abundantemente por la ciencia, por la naturaleza y por Dios.

Hay un cúmulo tan grande de pruebas que respaldan nuestra afirmación, que creemos del todo superfluo presentar ulteriores demostraciones.

Estos buenos amigos del género humano han confirmado ya sus éxitos con un lugar tal de pruebas que son más que suficientes para convencer al más ciego de los ciegos. Claro está que jamás podrán convencer al que usa sus ojos para no ver.

No hay rincón de la tierra que no haya recitado la demostración de un poderío de insospechados alcances, prenda patente de que no todos en la tierra están locos; de que los cuerdos cuentan ya con protección poderosa.

Siga la ciencia venal jugando sus macabras comedias, pero puede estar segura de que alguien le marcará el alto.

La humanidad cuenta ya con fuerzas superiores para su protección; y son fuerzas, querido lector, capaces de poner en cintura los desmanes de cualquier loco.

Afortunadamente también este poder está protegido con el máximo secreto, secreto inviolable.

Esta es la potencia más desconcertante, desconcertante para los enemigos de la paz, absoluta garantía para los amigos de la humanidad.

Cuando usted vea uno de estos fenómenos cruzar por los cielos, saluda al mejor de sus amigos.

Y aquí me veo precisado a formular una declaración más.

El problema más serio para nuestros científicos es el resplandor que estas vertiginosas máquinas no pueden disimular y que revela la portentosa energía de que van dotadas.

Pero este problema ya está en camino de resolverse; y es posible que al llegar a sus manos este libro, estos ángeles protectores puedan visitar todos los rincones de la tierra, ya completamente inobservados, y capaces de descargar el más tremendo castigo sobre los que pretenden forjar una nueva guerra.

N. G.

ACLARACIÓN

Se han hecho posibles los maravillosos adelantos científicos que aquí se describen, merced al sacrificio personal de numerosos intelectuales que sólo a ello han dedicado sus esfuerzos. Se deben en gran parte sus logros al aporte económico de personas rectas y sanas que en esta forma han dado al bien de la humanidad el tributo más grande que registran los siglos. Reseñamos entre ellas al maestro e iniciador Guillermo Marconi que con los principios científicos sobre los que nos basamos, asignó un fuerte legado.

Dos ex-reyes ya difuntos, un ex-rey, vivo aún, dos reyes gobernantes, un ex-presidente de América Latina, tres magnates de la industria americana, cuatro ingleses, el fundador de la República Italiana, dos magnates árabes del petróleo y varios acaudalados suramericanos.

La forma maravillosa con que se ha guardado el secreto ha contribuido más que nada al éxito. En homenaje a estas personas hacemos las revelaciones siguientes: para rendirles justicia e infundir a la enervada humanidad la esperanza que tanto necesita.

Rendimos asimismo gracias sinceras al gobierno y pueblo que han permitido la organización de nuestra Institución, amparándola y escudándola.

PROLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

QUERIDO LECTOR:

Usted de seguro, extrañará, primeramente, el título de este libro. Al acceder a la solicitud de la Editorial para hacer su segunda edición, me veo en la obligación de consignar algunas declaraciones.

Hasta hoy me he limitado a afirmar que este relato es la cristalización de una fantasía novelesca, de Ciencia Ficción, pero hoy puedo afirmar que en esta narración no se relata nada de ficticio, y rectifico mis declaraciones en el sentido de que lo aquí relatado no es más que una condensación, un resumen, una pálida imagen de un acontecimiento histórico, cuya realidad proyecta consecuencias desconcertantes.

Me veo en la obligación de enfatizar sobre la veracidad de nuestro relato.

Nuestro propósito no es el de que usted nos crea, sería insensatez esperarlo, y yo soy el primero en reconocerlo. Usted opinará lo que más le convenga, y naturalmente, lo que alcance el límite de su discernimiento.

Puede tomar este relato como novela divertida, como narración de una bella ilusión; en fin, como mejor le plazca. Pero antes de definir su opinión examine con sinceridad y cordura estas cuestiones:

¿Se atrevería usted a asegurar que entre los millones de estros, con sus respectivos miles de millones de planetas diseminados en infinidad de galaxias, sólo nuestro planeta que es una de los más insignificantes, es el único habitado por seres racionales?

¿Y si no es el único habitado, se atrevería usted a jurar que los habitantes de este pobre planeta somos los más adelantados del universo?

¡ATENCIÓN, LECTORES!

Los últimos cinco años de la vida de Marconi fueron los años de su más intensa investigación científica.

Esa investigación se concentraba sobre el estudio de la ENERGÍA SOLAR.

Esas fueron también las investigaciones más rigurosamente guardadas en secreto.

Sus discípulos guardaron la reserva y organizaron intensa y sistemáticamente las investigaciones.

Si los resultados de esas investigaciones logrados hasta hoy fueran detalladamente conocidos, la importancia de las armas atómicas sería reducidísima.

¿NUNCA SE HAN HECHO ESTAS PREGUNTAS?

¿Quiénes fueron los más allegados discípulos de Marconi? ¿Dónde están?

PRINCIPIOS AXIOMÁTICOS DE MARCONI QUE MERECEAN ESTUDIARSE

“Las mismas leyes que gobiernan la armonía entre el sol y sus planetas son las que rigen las relaciones entre el núcleo y los componentes del átomo”.

“El átomo es parte de una célula o una molécula, ésta es parte de un cuerpo. La Vía Láctea no es más que una molécula en la inmensa grandiosidad de un cuerpo celeste; el sistema solar es uno de sus átomos.”

“Sabe mucho más del átomo el astrónomo que conoce las relaciones del Sistema Solar, que el físico.”

“Puede obtenerse más energía de un rayo de sol que de todos los átomos de la materia.”

“A donde llega un rayo de sol puede llegar el hombre.”

“La desintegración del átomo es una locura científica y sus consecuencias catastróficas.”

“La naturaleza es como dios que se complace en revelarse a quien la busca con amor.”

“Si hay algo, que sí es realmente imposible, es poder negar a Dios.”

ADVERTENCIA

Prevenimos a nuestros lectores que en este relato nos vemos precisados a hacer ciertas reticencias, a las que nos obligan secretos que aun creemos prematuro revelar.

Se harán en este libro revelaciones que podríamos calificar de sensacionales y las hacemos por la convicción de que podrán deducirse de ellas consecuencias útiles.

Otro fin que se persigue es de inducir a la reflexión a algunas potencias y particularmente a algunos sabios que encauzan sus recursos, energías y conocimientos por un derrotero que sólo puede conducir a nuestro planeta a un seguro desastre.

El universo encierra tantas maravillas, un recurso tan ilimitado de energías que, para el escrutador sin prejuicios, las sorpresas de cada instante son abrumadoras. Al comenzar la reseña de los acontecimientos que aquí relatamos queremos ante todo rendir homenaje al Ser Supremo, autor del universo.

Es imposible, es absurdo lograr un progreso cierto, en el campo de la ciencia, sin reconocer la unidad en el universo y analogía en todo cuanto existe. El simple hecho de existir nos hace en algo semejantes a todos y a todo, miembros de la comunidad maravillosa que es el universo. Hay analogía entre el grano de polvo y el astro más grande del espacio; entre el ser dotado del más rudimentario hálito de vida y el hombre.

Son tan perfectas, tan exactas, tan inmutables las leyes que rigen este imperio de maravillas que su gobernante no puede tener parangón con nada de esa materia, por bella, por grande, por perfecta que sea.

A ese Supremo Gobernante, que todo cuanto tiene inteligencia nombre “DIOS”, el incondicional tributo de nuestro humilde reconocimiento.

NARCISO GENOVESE

UN POCO DE HISTORIA

Un grupo de personas, profundamente adentradas en los secretos de las ciencias físicas, reunidas en un lugar secreto de una selva suramericana, forman una comunidad, dedicada únicamente a la investigación científica. Libres de todo compromiso con gobiernos o potencias, disponen sin embargo de un respaldo económico ilimitado que ha permitido un avance sin obstáculos con el logro de resultados asombrosos y prácticos que se participarán a la humanidad poco a poco, en la medida que esto convenga.

Tras larga deliberación se acordó entre todos dar a conocer en este libro la existencia de esta institución científica, sus fines, sus principios y algunos de sus logros para alivio de la humanidad contra la tensión nerviosa y el espanto producidos por los que se dedican, no a la reconstrucción sino a la desintegración de la naturaleza, y, lo que es peor, para fines exclusivamente destructores.

Enviamos una seria advertencia a ciertos gobiernos que agotan las energías de sus pueblos con el fin único de aumentar el poder de destrucción y aniquilamiento. Tenemos medios incomparablemente superiores, medios sencillísimos, que no requieren grandes contingentes humanos ni complicados procedimientos, por los cuales sin embargo, podemos inutilizar sus intentos y, si así lo quisiéramos, infligirles daños horribles.

La armonía del espacio, la maravillosa gravitación universal de los astros son regidas por una energía inmensa, controladas por leyes sapientísimas. El estudio profundo de esas leyes nos ha permitido conocer algo de esas fuerzas universales y aprovecharlas para nuestros fines.

Una prueba de ello son las apariciones de ciertos aparatos misteriosos observados ya por algunos en distintas partes del cielo, cuyo reconocimiento

sin embargo no hemos permitido. Jugamos en el cielo con esas máquinas y hemos ya establecido contacto con otros mundos.

Esas apariciones son mensajes de paz, pero, lo recalcamos, podrían ser terribles castigos para los enemigos de la humanidad. El odio y la venganza tienen separados a los hombres y los mantienen en amenaza constante. Dos núcleos de investigación, uno en oriente y otro en occidente, marchan en ruinoso competencia proyectando sobre la tierra la sombra macabra de la muerte. Dos opuestas ideologías desorientan las inteligencias pero la tierra será de los pacíficos y nosotros somos sus aliados.

Servirá de alivio a los hombres de buena voluntad el saber que entre esos dos nubarrones se interpone este rayo de esperanza, que no busca el aniquilamiento sino la reconstrucción, la comunicación con la infinidad de seres que habitan otros planetas del sistema solar y los planetas de otros mundos; y esto es ya un hecho consumado.

Noventa y ocho hombres, provenientes de seis naciones europeas, son los que forman esta institución de sabios que dedican cuanto pueden y saben en provecho de la humanidad, con la juramentada decisión de encaminar sus descubrimientos exclusivamente al bien.

Tres principios básicos dan unión a esta comunidad:

1º. Una sola religión: Dios, infinito y sapientísimo arquitecto del universo.

2º. Una sola patria: La Tierra.

3º. Un solo fin: Hacer nuestros aliados a los habitantes de los otros planetas del sistema solar.

El maestro, el guía científico de este movimiento es Guillermo Marconi, cuyas investigaciones, la mayor parte desconocidas, han marcado el derrotero que hasta aquí hemos seguido.

Marconi, con sus descubrimientos, unió a todos los habitantes de la tierra y prefirió la muerte antes que divulgar asombrosos hallazgos científicos que en esos momentos históricos habrían sido instrumentos de destrucción. Pero Marconi tuvo amigos íntimos, copartícipes de sus trabajos, de sus teorías y proyectos: y los sueños del maestro se están cristalizando.

Quien esto escribe tuvo el honor de visitar a Marconi en Génova, en su barco estudio, poco después de haber él iluminado desde allí la ciudad de Sydney. Me acompañaban en esa visita cuatro estudiosos alemanes. Nuestro objeto era obtener explicaciones del maestro de cómo podría dominarse la corriente eléctrica hasta dirigirla alrededor de la tierra y hacerla detenerse en un punto determinado. Marconi afirmó desconocer propiamente lo que es la electricidad en sí, pero que podían comprobarse efectos que denunciaban mucha analogía entre esta misteriosa energía y la fuerza universal que mantiene entre todos los astros un equilibrio tan perfecto; y particularmente creía, que lo que nosotros conocemos por electricidad, parecía no ser más que una chispa de la energía solar, rústicamente aprisionada por nosotros, y siendo el sol el centro irradiador de la misma, bien podría ser esa energía un vehículo para cualquier punto del espacio dominado por él mismo.

Estas ideas, confirmadas por ulteriores estudios y experimentos de Marconi fueron la base sobre la cual cimentamos nuestras investigaciones. Si esta energía que nosotros llamamos eléctrica, señorea el universo difundiendo vida, luz y calor, ¿por qué no podría aprovecharse como medio transmisor? ¿No podría guiarse cualquier vehículo como se dirigen las ondas sonoras en la radio? De ser esto posible el hombre podría llegar adonde quiera que llegue un rayo de sol.

Convencidos de tener ante nosotros un vasto panorama que explorar, nos dedicamos a una ardua labor de investigación sobre la energía solar y sobre su posible aprovechamiento.

Intercambiando nuestras observaciones, fue aumentando el número de investigadores adhiriéndose a nuestras teorías eminentes aficionados. Los últimos asombrosos descubrimientos de Marconi confirmaron más y más nuestra fe en la teoría. La muerte del maestro y la segunda guerra mundial cimentaron nuestros propósitos.

Convencidos que los habitantes de otros mundos están distantes pero no separados de nosotros, nos entregamos a la obsesionante tarea de convertir en vehículo la energía solar y tratar de comunicarnos con los seres distantes. Descartamos por tanto como errónea y peligrosa la desintegración del átomo, por parecernos además absurdo poder salir del alcance de la tierra con las solas fuerzas terrestres.

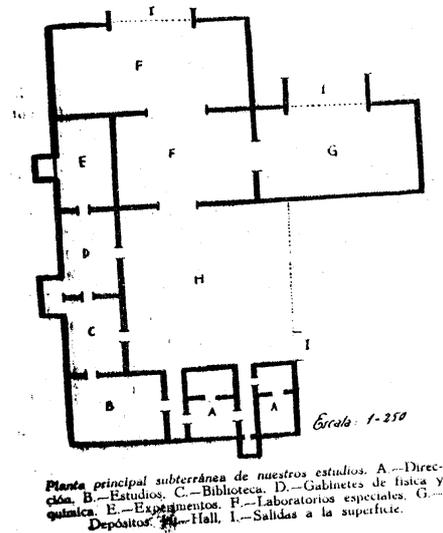
Integróse una sociedad, resolvimos organizarnos en un verdadero instituto. Nuestras ideas hallaron rápida aceptación y abundaron los medios materiales que permitieron levantar la grandiosa obra con los resultados que veremos.

Surgió rápidamente una verdadera ciudad científica, oculta en el corazón de la selva y con sus instalaciones casi todas subterráneas. Los trabajos, impulsados con celeridad, dieron en el campo de la investigación resultados inesperados. De esos resultados, aquí, parsimoniosamente, narraremos algunos.

El único fin de estas revelaciones es el de tranquilizar a la humanidad y disminuir el pánico provocado por ciertas apariciones, como los llamados platillos voladores y otros fenómenos.

Se ha tenido hasta ahora en máximo secreto y, en su parte esencia, seguirá guardándose esta labor para evitar los abusos que de ello podrían derivarse.

LA ENERGÍA SOLAR



Ya en el año de 1946 teníamos construido un poderoso receptor o colector de energía solar.

La energía eléctrica es una serie de vibraciones, lo que constituye la existencia, vida y movimiento de toda la materia. Esa vibración general tiene un centro de emanación; esa fuente en nuestro sistema emana del Sol.

Nosotros logramos obtener esa energía indirectamente, provocando la irritación de la materia, que acumula así y devuelve las moléculas del misterioso fluido que llamamos electricidad. Obtenemos así la energía solar por reflejo de la materia. ¿No podríamos obtener la misma energía directamente de la fuente, sin la excitación de la materia?

La existencia es movimiento. Todo cuanto existe, vibra: las moléculas y las células en los cuerpos y los átomos en la molécula; y cuanta energía encierra un átomo de la materia, ya lo sabemos. Las moléculas de un rayo de sol aprisionan más energía que todos los átomos de la materia. ¿No podríamos acumular esa energía de un modo tan sencillo como lo hace una nube, por ejemplo? ¿No lograremos con esa energía neutralizar la energía que libera una

reacción atómica? Se puede, y próximamente los experimentadores de la bomba atómica tendrán una buena sorpresa, pues estamos preparados para convertir sus reacciones en el juego más inofensivo.

Toda energía molecular produce además un determinado número de vibraciones. Los metales, los metaloides, gases, líquidos y toda célula tienen su reacción peculiar, y pueden ser afectados por distintas manifestaciones del misterioso fluido eléctrico. Pueden afectarse e inclusive destruirse el sistema óseo, muscular, cartilaginoso, el compuesto medular y la masa encefálica. ¿Qué podría significar una descarga que afectara, por ejemplo, los cerebros de una concentración de soldados? Todo esto está comprobado, confirmado por numerosos experimentos.

Esta institución tiene ya en sus manos una fuerza de potencia insospechada con la cual podrían causarse desastrosos efectos, como podría neutralizarse un cataclismo atómico.

El primer paso se encaminó a lograr, no la producción, sino la captación y concentración de energía solar. Luego el estudio de sus diversas manifestaciones para determinar sus aplicaciones.

Ya en el año de 1946, como dijimos, se tenía preparado ese poderoso colector y condensador de energía solar. Un aparato de suma sencillez. Esta máquina, además de acumular energía, la convierte en fuerza impulsora de sí misma. Puede inclusive desencadenar sobre cualquier objetivo una reacción mucho más poderosa que la que descargan las nubes con el rayo.

Seguía el problema del control y dirección del prodigioso aparato. Su gobierno a control remoto era ya cosa resuelta. Al parecer, más difícil era conseguir su control sin influencia externa; y este problema quedó al fin solucionado a satisfacción.

Se logró así una poderosa unidad, con alimentación continua de energía, no alterada en ningún lugar del espacio por influencia externa; unidad que concentra al mismo tiempo una potencia tremenda de acción externa.

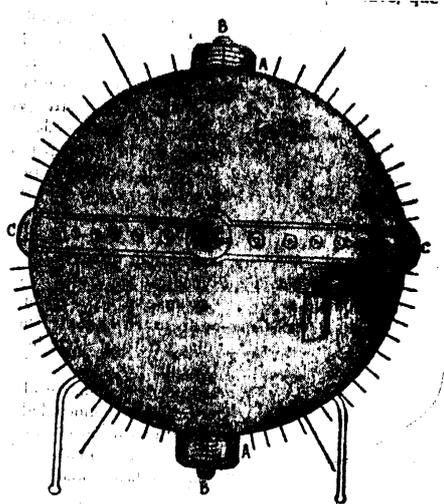
En cuanto a velocidad no existen problemas mayores: Admite la velocidad que pueda resistir la robustez de su construcción.

La forma esférica es más efectiva para la acumulación de energía, para su dirección, movimiento y resistencia son preferibles la forma fusiforme y la de disco.

LAS NAVES

Ya en 1952 se realizaron con éxito excursiones sobre todos los mares y continentes de la Tierra. La Nave, que así la llamaremos, construida de una aleación especialísima apta a resistir cualquier presión y velocidad está formada de dos cámaras completamente aisladas entre sí.

La exterior es separada de la interior por un vacío absoluto.



Nuestras naves interplanetarias, perfeccionadas por los técnicos marcianos y que efectuaron el viaje a Marte el 12 de octubre de 1956. A.—Turbinas de elevación B.—Lentes del periscopio. C.—Turbinas de traslación.

La interior constituye la cabina con todos los instrumentos y comodidades necesarias, acondicionamiento de aire, presión, etc.

El vacío entre las dos cámaras constituye un enorme acumulador de energía, la cual es captada por la superficie externa cuya efectividad se hace más eficiente debido a su forma completamente esférica.

Las dos cámaras van unidas sólidamente entre sí por soportes de vidrio, que constituyen otras tantas ventanillas permitiendo desde el interior una visión perfecta para todas partes.

Los dos puntos opuestos de la esfera, digamos norte y sur, terminan en dos torrecillas salientes dotadas de sendas turbinas accionadas por electricidad, las cuales suministran el movimiento impulsor por cualquier dirección, que puede variarse instantáneamente.

En el interior del eje, que atraviesa como diámetro la esfera y une las dos turbinas, está el PERISCOPIO que culmina en dos poderosísimos lentes, como remate de las torrecillas.

Los otros dos puntos, digamos este y oeste, están dotados de DOS ANTENAS MAGNÉTICAS salientes que gobiernan su dirección lateral por un control que, neutralizando una u otra antena, inclina instantáneamente la nave del lado opuesto.

La visibilidad desde el interior es perfecta, en la superficie de navegación por las numerosas mirillas externas y a grandes profundidades por los lentes del potente periscopio.

La cámara interna del aparato puede iluminarse al arbitrio. La parte externa se presenta con brillante luminosidad durante el día; en la noche toma un color rojizo a carga moderada y marcada brillantez al entrar la nave en actividad.

Un dispositivo especial permite aplicar cámaras fotográficas en el eje del periscopio.

Hasta aquí la descripción que podemos permitirnos de la nave, que constituye el modelo ideal para viajes ultraterrestres.

Para mayores proporciones el aparato reclama una forma fusiforme, más resistente si bien un poco más lenta en movimiento. Para tamaño gigante es preferible la forma de discos; el primer disco construido, y, aun en servicio, mide 36 metros de diámetro horizontal y 11 de diámetro vertical.

La seguridad de navegación es completa por la liviandad del aparato y la falta de máquinas vibratorias. Acciona silenciosamente, fuera de un zumbido liviano al comenzar a accionar las turbinas, el cual desaparece en absoluto en alta velocidad por superar la barrera del sonido. En regiones ultra atmosféricas trabaja por simple imantación energética, y esto es lo que constituye la maravilla del aparato.

Cualquier posición o inclinación que tome la parte exterior de la nave no altera la posición de la cabina interior que siempre permanece horizontal.

El movimiento de estos aparatos no puede propiamente llamarse vuelo, de modo que al hablar de ello diremos que se trasladan o transportan.

Son numerosísimos los viajes que se han efectuado por todas las latitudes y longitudes, viajes de prueba y de reconocimiento; en algunos de estos viajes las naves fueron observadas desde la tierra.

Podemos decir que tenemos escudriñada la tierra y sobre todo ciertos territorios.

Conocemos las principales instalaciones del mundo, particularmente las eléctricas y atómicas, pues aún a grandes distancias son delatadas por sensibilísimos aparatos magnéticos de las naves; guardando en nuestro poder asombrosos documentos fotográficos.

LA ESPERADA VISITA

Ya desde 1950 teníamos certeza de ser visitados por aparatos de algún otro planeta, y, deduciendo de nuestros progresos, llegamos a la absoluta certeza de ello. La Tierra era sometida a un examen por habitantes de otros mundos y todo demostraba que sus intenciones eran amistosas, pero al mismo tiempo parecían no atreverse a tomar contacto, y había para ello serios motivos.

Resolvimos, pues, llamar su atención. Sus naves debían ser muy semejantes a las proyectadas por nosotros; lo indicaba su modo de proceder. Al notar sus apariciones iniciamos el lanzamiento de poderosas señales luminosas y sonoras de onda corta. No tuvimos respuesta al principio, pero teníamos la certeza de haber sido escuchados y vistos, pues las extrañas naves repetían sus visitas.

A finales de 1955 recibimos señales ciertas de respuesta.

Dispusimos en nuestro pequeño campo de pruebas toda clase de señales para invitar a un aterrizaje. El 16 de diciembre del mismo año, a las cinco de la tarde, con inmensa alegría nuestra una formación de cinco aparatos hizo su aparición sobre nosotros y, casi inmediatamente, el primero de la formación hizo contacto con la tierra mientras los otros cuatro volvieron a elevarse, manteniéndose a poca distancia e igual altura.

La máquina, que emanaba un brillo fosforescente, fue opacándose rápidamente y en breves instantes se trocó en un color indefinido tendiente a marrón claro.

Lo primero que saltó a nuestra vista fue que la extraña máquina, completamente esférica, no era de superficie lisa sino toda erizada de puntas, de unas seis pulgadas de largo, de un metal brillantísimo; además, no estaba

provista de turbinas como las nuestras, sino de una banda ecuatorial de superficie lisa y de unos 60 centímetros de ancho que podía girar en ambos sentidos.

La esfera mediría unos 6.50 metros de diámetro.

Otra sorpresa grande para nosotros, y fue impresión unánime, la certeza de que esos aparatos visitantes disponían de una base en tierra. ¿En qué parte? No podíamos tener la menor sospecha, ni era del caso indagarlo por el momento, pero cada vez que aparecían no venían de otro mundo y la base desde luego debía estar bien equipada.

Prestamente nos acercamos al aparato y abriéndose una puertecita lateral descendieron por ella cuatro personas que nos saludaron con inclinación de cabeza y dieron paso inmediatamente al último de ellos que saltó a la vista ser el jefe.

Nuestra primera impresión fue la de hallarnos ante personas superiores a nosotros. Su estatura era un poco superior a la mediana nuestra, medirían un metro ochenta y cinco centímetros.

El color de la piel, blanco, pronunciadamente rosado, pelo corto, de un rubio claro y ojos de un celeste claro, sin ninguna señal de barba en el rostro, como un traje que daba la impresión de ser de una sola pieza y algo semejante a un *overol* de hule, que los protegía de los pies a la cabeza, inclusive las manos, terminando sus mangas en forma de guantes. No llevaban zapatos, el mismo traje terminaba en forma de botas con una capa más gruesa bajo los pies. Una especie de cofia, adherida al mismo traje y del mismo material, les cubría las cabezas, que descubrieron inmediatamente dejando caer para atrás las cofias; pies y manos, resaltaban más pequeños y finos, en proporción, a los nuestros. La frente espaciosa y más alta que la nuestra. El aspecto general, hermoso e imponente.

El primer contacto reveló inmediatamente amistad y simpatía por ambas partes. Les invitamos a pasar a uno de nuestros estudios, equipado al objeto con toda clase de mapas celestes, en particular del sistema planetario solar, inclusive un globo de Marte.

La dificultad de comunicación quedó resuelta en parte por un sorprendente aparato, que reflejando las ondas eléctricas provocadas por nuestros cerebros, les revelaba nuestras ideas, que acompañadas por indicaciones en mapas y globos eran bastantes sencillas:

¿Provenían del planeta Marte?

¿Habían venido otras veces?

¿Estaba totalmente poblado el planeta Marte?

¿Convendrían en establecer contacto con nosotros?

¿Podrían indicarnos la construcción de sus aparatos?

¿Por qué fuerza eran impulsados?

Sus respuestas fueron rápidas y, a pesar de ser transmitidas sólo por señales, pudimos entendernos bien.

Otra sorpresa, si bien no lo expresaron, era que resultaba claro por su modo de hacer señales, no ser la primera vez que se relacionaban con nuestros semejantes.

Venían de Marte, que ellos llaman “LOGA”.

Habían venido varias veces y trazaron en el mapa del Sistema Solar la trayectoria seguida para llegar a la Tierra (llamada por ellos “DOGUE”) pasando y haciendo escala en la Luna (“MINU”) en donde ellos tenían bases.

Su planeta, que de aquí en adelante llamaremos también nosotros LOGA, estaba habitado más que la Tierra.

Respecto a nuestro globo representando a LOGA, resultó claro parecerles una puerilidad.

Deseaban realmente establecer relaciones con nosotros, estudiar nuestro planeta y estaban dispuestos a darnos cuanta información quisiéramos respecto del suyo.

Estaban prontos a darnos cuantos detalles quisiéramos de sus naves y deseaban vivamente conocer las nuestras. Ellos se valían únicamente de la energía solar.

Estábamos satisfechos. Su máquina receptora de ondas cerebrales les revelaba nuestra sinceridad, el deseo vehemente de relaciones amistosas y el fin único de servir al pacífico mejoramiento de los habitantes de nuestro planeta.

Ofrecimos luego un refrigerio, que aceptaron gustosos.

Nos invitaron seguidamente a inspeccionar su nave cuya sencillez y comodidad nos asombró. La cámara del personal ocupaba apenas una cuarta parte del volumen total del aparato.

Había mucha semejanza con algunas de las nuestras, exceptuando quizá la mayor sencillez en sus controles.

En lugar de turbinas para el arranque inicial, estaba dotada de la banda giratoria ecuatorial que le permitía tomar impulso vertical suavemente.

Acto seguido los llevamos a nuestro estudio taller para que examinaran nuestro último aparato, con el cual estábamos dispuestos a restituirles la visita. Mostraron vivo interés en todos los detalles.

Expresaron satisfacción y manifestaron ser posible la realización de nuestro viaje. Trataron de hacernos algunas indicaciones de reformas. Aprovechamos entonces para invitarlos a quedar con nosotros, a lo cual contestaron con una franca aceptación asegurándonos que regresarían para ello.

Los acompañamos a su nave a la cual entraron con una última señal clara de “Hasta luego”. Cerróse herméticamente la puerta. El aparato comenzó a iluminarse exteriormente y se elevó.

Inmediatamente se unieron en formación los otros cuatro y se alejaron rápidamente.

La entrevista había tenido más éxito del que podíamos esperar. Habría colaboración y entendimiento. Nos dimos a la tarea de preparar un sistema especial de señales luminosas y sonoras para lograrlo mejor. Por lo demás no debía ser difícil coordinar una lengua para mutua comprensión oral.

Por las pocas palabras que entre sí se habían cruzado podíamos deducir que su lenguaje era desprovisto de consonantes ásperas, guturales y vocales nasales o aspiradas, pudiéndose encuadrar fácilmente en nuestro grupo de idiomas neolatinos y especialmente italiano y español, o sea, consonantes y vocales de pronunciación clara y líquida, hecha más suave por sus dentaduras, de piezas más pequeñas y unidas que el común de las nuestras.

SEGUNDA VISITA

Nuestro objeto en este libro no es el de detenernos en detalles de nuestros estudios y trabajos sino de relatar nuestras relaciones con los habitantes de Marte.

Nuestros colegas de Marte habían demostrado sincera voluntad de cooperación y nos dimos a la inmediata tarea de realizar los últimos preparativos para traspasar la órbita de nuestras barreras terrestres.

Las naves no presentaban problemas respecto a velocidad y dirección. Los problemas que hoy debían resolverse eran los relativos a la resistencia a las grandes presiones o a la falta de ellas y la resistencia al recalentamiento por el roce inevitable con los elementos atmosféricos y estratosféricos.

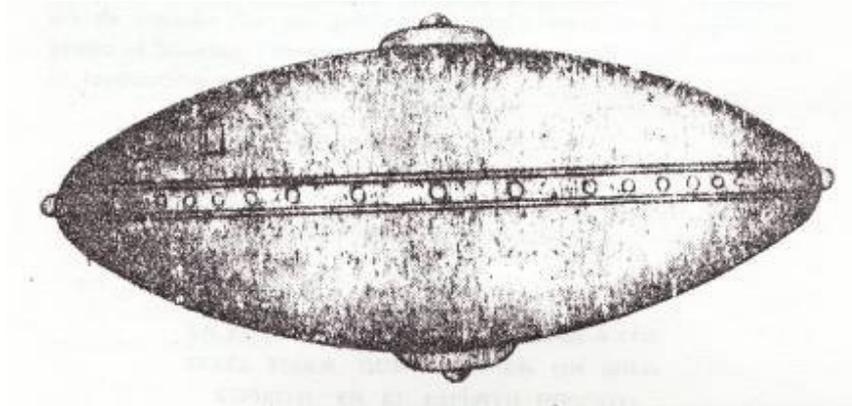
En ambos sentidos habíamos dado pasos muy avanzados. Respecto a lo primero se planeó una nave de triple coraza con dos cámaras aisladoras de vacío absoluto. El segundo problema lo resolvería un elemento que debería ser conductor perfecto de la electricidad al mismo tiempo que dotado de extraordinaria resistencia al calor.

Se logró para la coraza externa una aleación que podría resistir 6,000 grados de calor en circunstancias corrientes y que cargado de electricidad se convertiría de una resistencia sin límites, convirtiéndose casi en energía sólida, que al aumentar la velocidad aumentaría al mismo tiempo el poder de concentración energética.

Las puntas de que estaba erizada la nave marciana nos encaminaron a la solución de varios problemas.

Exactamente un mes después de la primera, recibimos la segunda visita de los mensajeros de Marte que esta vez se presentaron con seis máquinas,

cinco de las cuales eran iguales a las primeras y la última de proporciones mucho mayores y en forma de disco, o trompo muy achatado.



La gigantesca nave marciana

Podríamos dividir este aparato en cinco secciones. La central, de diámetro mayor, dos secciones, superior e inferior a la central que formaban una unidad compacta y sólida y las últimas dos secciones, la extrema superior y extrema inferior, móviles, o sea giratorias, como dos turbinas, pudiendo girar ambas en el mismo sentido o en sentido opuesto; dotando así la nave de impulso de ascensión o de descenso.

En los cuatro extremos opuestos de la banda central estaban dispuestas cuatro turbinas de proporciones inferiores a las primeras dos, al accionar las cuales la enorme nave tomaría la dirección deseada.

La gigantesca nave era seductora y desde luego demostraban ser de una enorme potencia. Su diámetro máximo mediría unos sesenta metros, su máxima altura en cambio tendría unos dieciocho metros.

Descendieron tres personas de cada una de las primeras cinco naves, quienes acudieron a rodear el disco. Seguidamente abriéronse dos compuertas por las cuales descendieron veintiocho hombres. El jefe que nos visitara la

primera vez, acompañado por otros dos, adelantándose hacia nosotros, nos brindó amable reverencia que nosotros emocionados restituimos atreviéndonos a ofrecer un efusivo apretón de manos que fue cordialmente correspondido. Nos guió seguidamente al enorme disco, indicándonos un abundante equipo destinado a nuestro campamento, preguntando adónde podría ser depositado. Señalado el lugar y con la ayuda de nuestros hombres de procedió al desembarque. Desocupada la nave e invitados por ellos, practicamos una breve inspección en su interior. Saltaba a la vista la formidable robustez de su construcción, hecha sin embargo con materiales livianísimos.

No nos entretuvimos en esta inspección, pues la nave iba a permanecer allí con sus tripulantes que comprendían mecánicos, dos médicos, tres físicos, dos astrónomos, especialistas en ciencias políticas y religiosas, dos expertos en alimentación y tres técnicos que se dedicarían exclusivamente a la interpretación y adaptación del idioma.

En nuestro campamento se hablaban 22 idiomas, ninguno de ellos sin embargo resultaba de utilidad práctica para el caso, pues, a pesar de que el idioma de los visitantes tenía en fonética bastante semejanza con las lenguas neolatinas, ninguna semejanza prestaba en lo demás. Quien esto escribe, por poseer el dominio de 6 idiomas, integró la comisión que se encargaría de la interpretación y de establecer una posible coordinación de lenguaje para mutua facilidad de entendimiento.

Depositados equipos y equipajes, todo el personal visitante se reunió en dos grupos, 15 personas a la izquierda y 28 a la derecha del jefe, quien hizo la presentación de los segundos que permanecerían entre nosotros y refiriéndose a su planeta hizo entrega a nuestro jefe de un documento.

Extrajo de un rollo de oro finísimo una hoja de treinta por treinta centímetros, de brillante metal blanco, del espesor de un papel nuestro corriente; la hoja metálica llevaba grabada en relieve, con letras de oro, una inscripción, encabezada a modo de escudo por un grabado, también en relieve representando al Sistema Planetario Solar. Dos meses después teníamos la traducción exacta del contenido:

LOGA
HERMANO UNIVERSAL DEL ESPACIO INMENSO
RINDE HOMENAJE Y AMISTAD A
DOGUE
EN EL DESEO VEHEMENTE DE UNIR A LOS SERES TODOS, QUE
VIVEN EN UN SOLO ESPIRITU, EN EL ESPIRITU INFINITO, PARA
GLORIA Y PAZ ETERNAS.

La firma la constituía un sello grabado en relieve, representando un globo de Marte, el cual signo era exclusivo privilegio del jefe supremo.

Se nos enviaba pues un mensaje especial en nombre de todos los habitantes del planeta, del cual se desprendían fantásticos conceptos.

¿Vivirían en perfecta unión, en hermandad universal los habitantes de Marte y de los otros mundos?

¿Serían dirigidos o gobernados por un solo jefe?

¿Serían todos guiados por un solo principio religioso?

¿No existían discriminaciones de razas?

¿No existen en las cartografías de Marte las insulsas líneas, llamadas fronteras, que marcan e imponen el odio entre sus habitantes?

Si esto fuera así: ¡Qué papel más triste desempeñaría la Tierra en el consorcio de los mundos! ¡Qué negro su panorama! ¿No sería nuestro planeta un salvaje rebelde en la armonía universal?

Advertimos categóricamente que todos nosotros, dedicados sinceramente a la investigación, estamos hondamente imbuidos de la idea de la divinidad y del principio religioso universal.

Las abrumadoras reflexiones a las que nos inducía todo cuanto estaba ocurriendo, confirmaron más y más nuestros sentimientos.

Terminado el breve acto, el personal que iba a permanecer en tierra correspondió al jefe y a sus acompañantes el saludo, levantando recto el brazo derecho hacia arriba, pasándolo luego hacia el frente, vertical al cuerpo, para tornarlo paralelo al mismo hacia abajo.

Interpretamos el saludo como señalamiento al estro de procedencia, juramento de fidelidad y obediencia incondicional. El mismo saludo nos dirigió el jefe a nosotros, secundado por todos ellos y nosotros instintivamente, a una, lo correspondimos. Se encaminaron luego a sus naves abordándolas inmediatamente. El Jefe, que abordó por último su nave, nos saludó nuevamente y ocupó su puesto. Los aparatos se elevaron una por uno y desaparecieron a grande altura dirigiéndose hacia occidente.

No regresarían a Marte, estábamos seguros, sino a su campamento terrestre: ¿A qué parte de la tierra? No lo sabíamos aún.

Los marcianos que quedaron, dirigieron a su disco pues pasarían a bordo las primeras noches y parte del día para su ambientamiento y adaptación. A los cuatro días ocuparon definitivamente el edificio a ellos destinado y previamente acondicionado.

El objeto obvio de su visita era una mutua comunicación y el intercambio mutuo de conocimientos científicos, técnicos y culturales.

Cada comisión se dio inmediatamente a su tarea con el mayor ahínco, siendo la más ardua, al principio, la que tuvo el honor de presidir y dedicada al lenguaje.

Diez días más tarde ya poseía nuestra comisión una idea clara del nuevo idioma y sus principales acepciones. Guiados por un programa bien definido nos circunscribimos a lo esencialmente necesario para el mutuo entendimiento en el desarrollo del mismo programa que era bien preciso.

OBJETIVOS PRIMORDIALES:

- 1o. Adaptar nuestros aparatos para el viaje proyectado.
- 2o. Intercambio de los conocimientos geográficos de ambos planetas.
- 3o. Intercambio de conocimientos cosmográficos del Sistema Solar.
- 4o. Estudio de la constitución física del cuerpo humano para su adaptación en los dos medios planetarios.

La energía solar puede convertirse en un sinnúmero de aplicaciones análogamente a lo que nosotros hacemos con la electricidad que, al fin, es la misma cosa. Los marcianos hacen uso casi exclusivamente de esa energía, cuya acumulación obtienen de un modo maravilloso de los rayos solares.

Es sorprendente la solidez, estado compacto y enorme capacidad de acumulación que adquieren ciertos elementos metálicos al ser tratados, en estado líquido durante la fundición, por un voltaje elevado de electricidad que deja el material casi en estado híbrido con asombrosa sensibilidad a la energía. Así fueron reformándose las corazas de nuestras naves.

Buenas sorpresas recibimos en asuntos geográficos, pues mientras ellos conocían la Tierra casi tan bien como nosotros, nosotros, en cambio, nada sabíamos de Marte. Poseían de la Tierra mapas muy detallados, lo que indicaba que se había llevado a cabo una seria exploración de la misma. Era cierto; y nos enteramos de datos sorprendentes.

Los marcianos estaban explorando sistemáticamente nuestro planeta desde el tiempo de la primera guerra mundial, habiendo llegado por primera vez en agosto de 1917 (nota: Nos referimos aquí a sus visitas y expediciones sistemáticas, porque sus visitas eventuales a nuestro planeta, como demostraremos ampliamente en nuestro segundo libro "MARTE Y NOSOTROS" datan de más de dos mil años). Su primer viaje, realizado con cuatro naves, había sido fatal porque sólo dos pudieron regresar, pero con suficientes experiencias para los siguientes. Hasta mayo de 1936 se realizó la segunda expedición con éxito completo.

Repetidas veces se habían percibido señales en Marte cuando Marconi en sus experimentos lanzaba poderosas ondas dirigidas a otros planetas, los viajes a la Tierra se multiplicaron.

La última guerra mundial, se la cual se dieron cuenta cabal, los disuadió de buscar un entendimiento; había demasiado desacuerdo, demasiada saña, demasiado odio entre los hombres: ¿Serían tergiversadas sus buenas intenciones?

Al término de la guerra se reanudaron sus viajes de exploración.

Por cierto que en uno de esos viajes había ocurrido un serio incidente al no poder evitar a tiempo el demasiado acercamiento de un aparato terrestre, el cual, provocando una tremenda descarga eléctrica, literalmente se pulverizó.

Lo anterior nos confirma que sí conocían la Tierra, la Tierra sin embargo no era confiable.

Unos treinta marcianos habían sido depositados en tierra, haciéndolo en diversas partes.

Un marciano, confundido en una gran ciudad, puede pasar desapercibido. Así es como se conoce en Marte a Washington, Nueva York, Roma, Londres, París y se conoce algo de sus idiomas.

Persiguiéndose por ellos siempre el fin de un entendimiento trataron esos visitantes de captar una clara idea del estado psicológico de la humanidad. El cuadro sin embargo siempre se presentó oscuro. Más tarde, llegando nosotros a Marte, nos dimos cuenta exacta de los conceptos que se habían formado y los consignaremos fielmente. Por el momento sólo declararemos que gozan de óptima reputación ante ellos los norteamericanos y las naciones del pacto del Atlántico, por sinceras en sus intenciones. No confían en el asiático y menos en Rusia que constituyen según ellos el peligro más grave para nuestra pacífica prosperidad.

Por eso nos costó lograr convencerlos a establecer contacto con nosotros. Pero ya nos habíamos comprendido y perseguíamos el mismo objetivo.

Cosmográficamente pudimos hacer un mejor aporte, si bien nos aventajan en mucho sus instrumentos de observación, mucho más perfectos y porque varios planetas, y ellos conocen tres más que nosotros, habían recibido su visita.

También la Luna, que para ellos era una escala de rutina, nos reservaba sorpresas. Respecto a la adaptación vital de unos y otros no se presentaban problemas mayores como nosotros suponíamos. En Marte la temperatura es muy inferior a la media terrestre, sin embargo hay muchas regiones terrestres habitadas con temperaturas muy parecidas a la media del planeta amigo. La temperatura media en Marte podría corresponder a la nuestra de diez grados centígrados, sin embargo, por diversas razones de orden atmosférico y geológico, los efectos no son idénticos. Sobre los habitantes de Marte nuestro clima es oprimente por su atmósfera más pesada.

Los terrícolas en cambio experimentarán en Marte la sensación de quien se halla a una altura de seis mil metros sobre el nivel del mar.

Estando ubicados nuestros estudios en una región andina a cuatro mil metros sobre el nivel del mar y a una temperatura media de dos grados centígrados, se comprenderá la fácil adaptación de los marcianos.

Una permanencia larga en regiones menos elevadas o a nivel del mar causará trastornos en el organismo de los marcianos por la subida presión atmosférica al igual que sufriríamos nosotros en regiones elevadas de Marte por la razón inversa.

Las enormes variantes durante el trayecto serían salvadas por una conveniente adaptación del interior de las naves, prescindiendo por completo de los absurdos equipos personales como los que se estilan en las naves supersónicas corrientes. Mediante una conveniente adaptación del interior contaríamos durante todo el viaje con oxígeno, temperatura y presión adecuados.

La alimentación no constituiría tampoco un serio problema. Los marcianos traían consigo una fuerte reserva alimenticia en forma de comprimidos, fabricados casi todos de cereales, muchos de los cuales se cultivan allá. Sin embargo poco uso tuvieron que hacer esas reservas pues nuestra alimentación resultó para ellos muy satisfactoria, lo mismo que para nosotros resultaba muy efectivo y altamente eficaz su régimen.

¡ATENCIÓN, HABITANTES DE LA TIERRA!

Era realmente sincero el interés de los marcianos en el establecimiento de relaciones sólidas con nosotros, prodigando además sus conocimientos técnicos y científicos sin ninguna reserva, revelando un celo semejante al de apóstoles de un credo. Estaban convencidos de que, de la semejanza entre los dos planetas y entre los habitantes de los mismos, podrían deducirse, por una ley universal, analogías y semejanzas entre todos los planetas y sus habitantes, tenidas en cuenta las diferencias accidentales en unos y otros. Y como en un mismo planeta hay parte de él y de sus habitantes más desarrolladas que otras, así habría en el universo mundos y planetas más perfeccionados que otros. Las diversas circunstancias de ubicación, distancia, influencia, etc., del centro energético, el Sol en nuestro caso, son un factor de suma importancia en el mayor o menor grado de desarrollo en cada caso. Eran inimaginables las consecuencias que podrían deducirse del hallazgo de leyes exactas al respecto. Nosotros comprendimos claramente los móviles y aspiraciones de los marcianos; son seres sumamente adelantados científicamente y al mismo tiempo poseídos de un alto espíritu idealista, misioneros de una idea universal.

La formación y constitución de los mundos dan a sus sistemas teórico, filosófico, científico y religioso una cohesión de solidez granítica, de conclusiones claras, solidamente fundadas, que dirigen la investigación por un camino bien determinado.

El universo entero (nuestro macrocosmos), es una realidad bien definida. Sus componentes son así mismas realidades tan definidas como lo son las diversas partes de esos componentes.

Las leyes exactas que gobiernan y singularizan el átomo de cada molécula, la molécula y la célula de cada organismo y los organismos de cada

cuerpo son idénticas a las que en el espacio relacionan el satélite con el planeta, el planeta con el astro y el astro con el universo.

La ley constitutiva del microcosmos, el átomo, es la que constituye el macrocosmos, el universo. ¿Cómo podrá llegar la humanidad a la resolución certera de tantos problemas que le obstruyen el paso a la luz, mientras para unos el mundo tiene un origen, para otros es muy distinto? El principio moral es diverso en varios. Para unos Dios es realidad, para otros, ficción. En la misma investigación científica, los principios de partida son distintos. Esto no producirá más que un caos del cual la humanidad no logrará nunca resultados de avance real.

En Marte se logró el establecimiento de principios bien definidos, verdades inmutables y no tergiversadas; eso los ha conducido al grado de perfección que los enaltece.

Si un mismo principio, sostenido por unos, es rechazado por otros relegará forzosamente a unos u otros al error; conducirá rápidamente a unos hacia la verdad y sumirá a otros en mayor confusión.

En la tierra, divagamos aun en absurdas elucubraciones respecto al origen de la materia y de la vida. ¿Cómo podremos dar un paso positivo hacia la determinación de ciertos principios, la positividad de ciertas leyes y tras esos básicos baluartes avanzar con firmeza si lo que hoy tenemos como seguro pedestal resulta mañana deleznable y es suplantado por otra teoría y a su vez incierta?

¿Cómo podremos establecer principios religiosos, científicos y ni aun políticos y sociales si fijamos como base de nuestro mundo una absurda teoría de evolución materialista? ¿Ha producido una causa inferior efectos superiores alguna vez? Y aun en el campo de la experiencia, ni los elementos primarios han dado un paso, no digamos al perfeccionamiento, pero ni siquiera a una

mínima transmutación. Jamás el oro se ha trocado en plata, ni el hierro en plomo, ni el hidrógeno en oxígeno. Mucho menos se han hallado vestigios del cambio de un mineral en vegetal, del vegetal en animal, o del irracional en ser inteligente. Pero ni de una especie a otra se ha logrado el paso y los esfuerzos en ese intento han dado por resultado únicamente pequeñas variantes o monstruos accidentales. Y si no lo ha logrado la ciencia con todos sus esfuerzos. ¿Cómo lo habrá podido efectuar la naturaleza que, en su estado primario, el evolucionista la considera materia ciega e ignorante?

Si la ciencia procediera en su ascenso partiendo de un principio axiomático y gradualmente avanzara a un segundo paso que fijara inmovible base para un tercero tendríamos en la escala del progreso peldaños firmes que conducirían a una meta de alcances indefinidos. Pero si el primer peldaño de esa escala descansa en falso, todo serán elucubraciones faltas de lógica y sentido.

Ocurre con frecuencia a la humanidad lo que al cirujano en el campo de la medicina. Una operación quirúrgica, basada en un falso diagnóstico concluirá en una herida fatal y a veces en un homicidio. Muchas cosas hace la humanidad, que son ridículas, inútiles y, a veces, fatales. Es encomiable el esfuerzo humano, por ejemplo, en el campo del transporte; pero ¿compensan las ventajas al enorme promedio de destrozos que ello ocasiona? Un país podrá ofrecer un automóvil a cada habitante, pero para ello: ¿Cuántos millones de toneladas de materia prima extraemos de la tierra? ¿Cuántos millones diarios de toneladas de combustible, gases, carbón, petróleo, etc., arrancamos de sus entrañas? El peso de nuestro planeta es definido. ¿Soportará este peso una mengua indefinida? ¿A qué cataclismo llevamos nuestro planeta? ¿A qué consecuencias nos llevará la desintegración atómica? Invertimos millones de

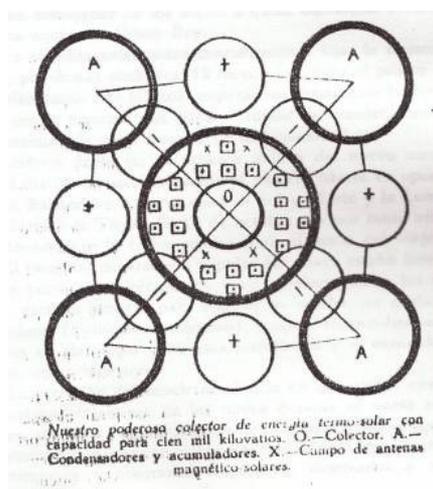
unidades de energía humana, millones de toneladas de materia prima para aniquilar materia y obtener como consecuencia sólo destrucción.

Habrà de producirse en nuestro planeta un desequilibrio tal que afectará forzosamente, por la ley de compensación, el equilibrio de los otros planetas de nuestro sistema. Por eso se alarman justamente sus habitantes y vienen en nuestra ayuda para encauzarnos por otro rumbo. Dejemos de destrozar y enervar nuestro planeta y aprovechemos la maravillosa energía que transporta los astros y gobierna el universo.

Por eso los marcianos tenían interés en llevarnos a conocer su casa, su gobierno, su vida y sus progresos.

ULTIMOS PREPARATIVOS

Los trabajos procedían con celeridad. Habíamos logrado la comunión entre dos mundos. Los rápidos progresos nos llenaban de honda satisfacción y nos infundían alientos con el entusiasmo y el optimismo que comunica la seguridad del triunfo. Los marcianos dominaban la materia con destreza sorprendente y un conocimiento profundo de las propiedades físicas y químicas de los cuerpos primos, recabando combinaciones y aleaciones de resistencia, dureza y propiedades cuyo alcance nosotros no habíamos logrado.



La constitución física del planeta Marte es igual a la terrestre de modo que no hubo necesidad de engorrosas investigaciones. El calor y la fuerza motriz eran logrados con la concentración de los rayos solares por un receptor de vidrio en forma de cúpula. Durante los meses de arduo trabajo fueron frecuentes las inspecciones de jefes marcianos cuyas visitas eran ya rutinarias.

Tres poderosas máquinas estaban al fin prontas para cruzar el océano inmenso del espacio.

De forma completamente esférica, en el interior cada máquina consiste de una cámara dividida en dos secciones, una destinada al personal y otra a los instrumentos mayores. Esta cámara está protegida por cuatro corazas, de extraordinaria robustez, separadas entre sí por tres cámaras, las dos externas de vacío absoluto y la última comunicante con el interior. En esta última, en su mayor parte transparente, están instalados varios equipos. La envoltura externa, de forma también esférica, constituye un poderoso colector de energía y calor que es asimismo convertido en energía, dotada de puntas de un enorme poder electromagnético. Dos poderosas turbinas, que toman aspecto de torrecillas, en los extremos superior e inferior, la dan propulsión y otras tres minúsculas, distribuidas en la extrema superficie externa, le dan dirección.

Poderosos y eficientes condensadores aseguran fuerza de emergencia. Un mínimo de esta fuerza es suficiente para asegurar al aparato un aterrizaje eventual el cual puede efectuarse en agua, previo enfriamiento de la parte externa, lo cual se consigue neutralizando el circuito magnético. Enormes reservas de oxígeno, alimentos concentrados y todo lo previsible eran instaladas en las naves. A los marcianos nada podría sorprender.

Tres meses de vuelos intensos por todas latitudes y longitudes consagraron las naves para el histórico acontecimiento.

El viaje fue bautizado "Expedición Colón" en homenaje al gran genovés que dio luz al Nuevo Mundo del cual se desprendería esta nueva epopeya cuyos alcances sólo están en poder de Dios y de la historia. Las naves, bautizadas con solemne rito religioso; (contaba nuestro instituto con dos eminentes sacerdotes), se llamaron "Loga, Dogue, Cuni"; Marte, Tierra, Alianza.

Exornaban el interior de las naves sendas efigies de oro del máximo embajador de los siglos a quien confiamos reverentes nuestra empresa: Cristo Rey.

Las circunstancias todas concurrieron a fijar la memorable fecha, por demás simbólica, 12 de octubre, para el primer viaje interplanetario. Los últimos preparativos inmediatos fueron hechos con la emoción que puede infundir un acontecimiento, el más memorable de la historia de la humanidad.

América debía ser la primera antena del nuevo mensaje.

El día 28 de octubre estaría el planeta Marte en oposición al Sol, hallándose la tierra entre el Sol y Marte y la Luna entre Marte y la Tierra. El 13 de octubre era por tanto aún astronómicamente la fecha precisa para el inicio del viaje.

El personal destinado a tripular las naves estaba listo. Las nueve personas, seleccionadas para satisfacer todos los requisitos, estaban prontas para cumplir su misión; un médico, un sacerdote (eminente astrónomo), cuatro técnico-físicos, dos peritos en sociología y ciencias metafísicas y el autor de este relato, como intérprete.

En previsión del sepulcral silencio en que serían envueltas las cabinas interiores de las naves durante el vuelo sideral, fueron equipadas convenientemente con especialísimos aparatos de reproducción musical, cintas magnéticas para reproducción de instrucciones y programas especiales, destinados a mantener alerta el sistema nervioso y potentes unidades para comunicación radial directa con la base. Estos aparatos que resultaron de alta eficacia, sensibilidad y fidelidad, fueron construidos especialmente.

El 9 de octubre habían descendido al campamento 7 aparatos marcianos, seis de los cuales traían la misión de escoltarnos en el viaje. Ellos estaban listos, y para nuestra sorpresa, cada nave venía equipada de un poderoso

dispositivo electro-imán con el cual podría en caso de grave emergencia, ser remolcada otra nave en el espacio.

Una poderosa estación de radio fue preparada especialmente para mantener en contacto con nosotros, estación sin duda la más poderosa que se haya construido hasta hoy. Los marcianos, que demostraron vivísimo interés desde el principio por nuestros sistemas de comunicaciones radiales, se esmeraron en ayudarnos a dejar las instalaciones con máxima efectividad.

La técnica de los expertos visitantes nos había prestado ayuda decisiva en la resolución del problema clave para el traspaso de las fronteras de la atracción terrestre. Para contrarrestar la fuerza de la gravedad sería invertida la energía eléctrica de modo que en lugar de sufrir resistencia serían en cambio impelidas las naves en dirección a los rayos solares, o sea lejos de la Tierra. Constituyendo la Tierra un poderoso imán con su centro de atracción en los polos, nuestras naves serían rechazadas de su eje. Hallándose Marte al exterior de la órbita terrestre, nosotros seríamos transportados por la energía solar en sentido directo al de su atracción.

Quedó comprobado definitivamente que la energía eléctrica no se más que una manifestación de la inmensa energía que gobierna la gravitación general.

Al contrario de lo que sucedería con cualquier aparato terrestre de otro tipo, la atmósfera no constituye un medio para las naves energéticas sino más bien un lastre y cuanto más rara la atmósfera mayor es la cantidad de energía aprovechable, menor la resistencia externa y menores los problemas del rozamiento atmosférico.

Como el Planeta Marte es mucho más pequeño que la Tierra, menor su atmósfera y su fuerza de gravedad, los viajes de los marcianos a la Tierra y nuestro viaje de regreso resultan mucho más fáciles.

Previsto todo lo humanamente previsible y concluidos todos los preparativos, el once de octubre de 1956 extendía ya sobre la tierra la noche más memorable y, para nosotros, la más larga de todas las noches.

Un cúmulo de sueños, ideas, sentimientos, nobles esperanzas invadían las mentes y los corazones de todos, de los que permanecerían en tierra, pero especialmente de los escogidos que íbamos a emprender el camino de los astros.

¿Cuál sería la conclusión de tan extraordinaria aventura? Sin embargo no nos sentíamos aventureros, sentíamos la satisfacción, la emoción honda de la embajada, de la misión más grande cuyos resultados podrían tener consecuencias de alcances imponderables.

¿Coronaría el éxito nuestra misión? ¿Volveríamos a ver a nuestra amada Tierra? ¿Sus montes, sus mares, sus crepúsculos, sus auroras? Acostumbrados a sumirnos en la contemplación de las cartas celestes que nos mostraban la Tierra como un cuerpo insignificante entre los gigantes del cielo, la teníamos casi olvidada; pero, hoy surgía para embargar nuestra mente y nuestro espíritu con todo el encanto de sus bellezas, de nuestros amores, de nuestros sueños y esperanzas. Sus horrores, sus guerras, sus pasiones, sus odios, sus insondables abismos, sus cumbres excelsas, la furia de sus mares, el terror de los huracanes, el retumbar de sus volcanes, sus aborrecidas luchas fratricidas, todo formaba en esos momentos un cuadro de sombras y luces, grato a nuestros corazones. Nunca habíamos sentido tanto el amor por este bendito suelo. Al fin éramos de la Tierra y somos de tierra.

Nos alentaba en la partida la esperanza del regreso, pero, si en esa gloriosa jornada por los caminos del cielo hallásemos la muerte, ¿podría acaso llamarse muerte? Es acaso muerte el perderse entre los astros del cielo? ¿Es acaso una tumba pesada el espacio inmenso?

¡Y qué grande! ¡Qué sabia! ¡Qué hermosa ha de ser esa inteligencia infinita que así ha dispuesto tantas maravillas, leyes tan precisas, para quien el mundo es un átomo y el átomo es un mundo. Era comprensible en esa noche memorable la exaltación de nuestras mentes, pero nuestra rendición, nuestro acatamiento, nuestra adoración al supremo Hacedor del universo, eran más sinceras, más espontáneas, más naturales que nunca.

Y ya la aurora del nuevo día apuntaba en el cielo, que nos esperaba. Era el doce de octubre de 1956.

12 de Octubre

NUESTRO VIAJE

Deseo las primeras horas del amanecer el campamento bullía en movimiento. Nunca como ese día se había notado tanto espíritu de fraternidad entre todos los miembros del campamento, entre los marcianos y nosotros, inclusive los nativos que estaban a nuestro servicio desempeñando trabajos accesorios. A todos embargaba una extraña emoción.

A las diez de la mañana todo estaba listo y reinaba en el ambiente una calma y tranquilidad extraordinarias. Nos reunimos todos en un último acto cordial para dar expansión a nuestras emociones. El director de nuestros estudios, Martinelli, a la par del jefe marciano, Tage (pronúnciese la g a la italiana), vivamente alterado por la emoción, nos comunicó las últimas y más bellas de las noticias. El jefe marciano manifestaba máxima complacencia por nuestros esfuerzos, quería patentizar admiración por nuestra labor y sus fines y tenía fe cierta en el éxito por la hermandad y unión de los mundos. En prueba de ello solicitaba venia para instalar junto a nosotros una base marciana permanente, para fines de estudio y experimentos en comunión con nosotros. Los aplausos estruendosos que interrumpieron esta noticia impresionaron vivamente a los marcianos, cuyos rostros vimos por primera vez alterar la emoción. Unos y otros éramos embajadores de una idéntica misión.

“Todos los presentes, desde el jefe al más humilde del campamento, tenemos la misma responsabilidad y el mismo mérito en ésta y en todas las empresas, continuaba Martinelli; en todo el mundo se brega, desentrañando la Tierra medios para destrucción y muerte, nosotros nos dirigimos al cielo en busca de hermanos y de paz. Dios debe estar con nosotros, como siempre lo ha estado.”

El efecto de sus palabras fue culminado por Tage, quien, invitado a hablar, pronunció sólo tres, que no necesitaron interpretación: “Sundi, Dogue, Loga. Dios, Tierra, Marte.”

Las últimas instrucciones fueron breves y, una vez más revelaban el alto espíritu de cooperación de nuestros aliados. Vestiríamos el traje proporcionado por los marcianos y que hemos descrito al principio, el cual, además de ser sumamente liviano, es un aislador perfecto contra la electricidad.

La salida era fijada para las doce horas meridianas, elevándose las naves a diez mil metros de altura para dirigirse sobre el polo norte de donde se iniciaría el ascenso describiendo una elipse con destino directo a la Luna.

De la Luna saldrían a nuestro encuentro naves marcianas para aumentar la escolta a la base lunar, completando así la primera etapa.

Nuestras naves serían ocupadas por seis tripulantes, uniéndose a nosotros tres marcianos en cada una. Completarían el convoy las otras seis naves marcianas que cerrarían el círculo, formando en conjunto una estrella de nueve puntas que constituiría de ese modo un formidable circuito magnético, tal como se había efectuado dos meses antes en varias excursiones, en una de las cuales se había llevado a cabo evoluciones sobre la ciudad de Washington.

La velocidad hasta la llegada al polo sería de seis mil kilómetros, al iniciarse el ascenso directo sería aumentada hasta treinta y cinco mil kilómetros por hora. La pausa en la Luna sería de seis horas. De la Luna a Marte la velocidad sería difícil de controlarse, siendo la mínima de cien mil kilómetros por hora.

Téngase presente que estos aparatos fuera de la atmósfera tenderían a tomar la velocidad de la luz; nuestro control, por tanto, no consistiría en darle

impulso sino en el de frenarlo, lo cual sería conseguido efectivamente al entrar en los medios atmosféricos.

Del punto de partida hasta el polo terrestre serían gobernadas desde el campamento por control remoto; al iniciarse el ascenso paralelo al eje terrestre sería suspendido nuestro control y entrarían bajo el control de la base lunar.

A las once cuarenta y cinco minutos cada tripulante equipado al pie de su nave recibió la última despedida y ocupó su puesto. Nuestro director prodigó a cada uno un abrazo efusivo sin poder reprimir las lágrimas.

Tage, el jefe marciano, en un gesto de profundo significado ocupó una de nuestras naves, DOGUE; y ese gesto infundió, en todos, seguridad y confianza. La despedida entre Tage y Martinelli fue el espectáculo más bello y más significativo: Martinelli colocó en la mano de Tage un precioso anillo que llevaba incrustado en el centro un diamante mayor, representando el sol, e incrustados sucesivamente otros ocho proporcionados al tamaño de los planetas más conocidos y dos esmeraldas representando a Loga y Dogue, con la inscripción en el reverso: *Amitia et pax* (Amistad y paz).

Un abraso efusivo coronó la escena en la que, en dos seres, se abrazaban dos mundos.

Eran las once cincuenta minutos, las naves se aureolaron de un brillo fosforescente.

A las doce meridiano se elevaron.

En el campamento reinó el silencio más profundo mientras los ojos de todos escrutaban el cielo para inclinarse luego reverentes a contemplar la única bandera que señoreaba el campamento, un enorme pabellón blanco con un disco de oro en el centro.

EN EL ESPACIO

De los tripulantes de las naves terrestres, dos eran de nacionalidad italiana, uno francés, un noruego, dos alemanes, un holandés, un belga y un inglés. De los italianos uno es sacerdote, y eminente erudito en la ciencia termoeléctrica.

Las naves se elevaron perpendicularmente y, a la altura prevista, tomaron rumbo al polo Norte. Las cabinas eran confortables; presión atmosférica, oxígeno y temperatura habían sido establecidos desde tierra. Nótese que con dos dispositivos especiales podía introducirse aire del exterior de modo que del oxígeno de reserva, acumulado en suficiente cantidad en estado líquido, se haría uso en el momento oportuno.

Un equipo completo de instrumentos para todas las investigaciones previsibles había sido acondicionado en las naves, algunos de ellos en contacto con el exterior. Aparatos especiales de grabación registraban todas las variantes de los instrumentos.

Sensación especial no percibíamos ninguna, ocupando nuestra atención particularmente en los panoramas del periscopio que pronto no mostraba más que el blanco reflejo del manto polar.

Durante este trayecto el movimiento de traslación lo efectuaron las turbinas por la energía dinámica.

Llamaremos dinámica a la energía trocada en electro-mecánica y estática a la energía magnética solar mediante la cual las naves serían llevadas por el impulso inmanente como las ondas de la radio. Al entrar en contacto con cualquier medio atmosférico la energía electro-mecánica hacía accionar automáticamente las turbinas, moviéndose en sentido contrario, proporcionaban el medio inmediato para la reducción de la velocidad.

Un silbido peculiar producido por las turbinas denunciaba instantáneamente el contacto con cualquier medio atmosférico, al igual que el silencio denunciaba su desaparición.

A las doce horas cincuenta y cinco minutos los instrumentos denunciaron cero grados paralelos. Estábamos sobre el polo Norte.

Las turbinas laterales, o de dirección, fueron paralizadas e inicióse el ascenso. Después de breves minutos las turbinas verticales enmudecieron también. Todos los instrumentos mecánicos se paralizaron rápida y sucesivamente, excepto los relojes eléctricos. El último vestigio de vida de los instrumentos de presión marcó 41.000 metros de altura. ¿Qué velocidad estábamos adquiriendo? Sólo podríamos saberlo a la hora de llegada.

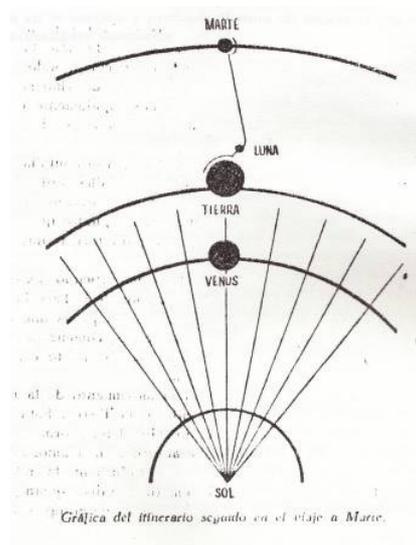
Ninguna impresión particular sentíamos, más que la de hallarnos en un medio confortable y placentero.

La respiración, normal. El anhídrido carbónico expelido por nuestros pulmones era absorbido y concentrado para luego ser eliminado. Ni siquiera sensación de movimiento. Era realmente sorprendente y maravilloso el sabernos transportados como átomos de luz.

La atención de todos convergía en la pantalla del periscopio, la que de vez en cuando nos deparaba sorpresas cautivadoras. Las películas logradas de esa pantalla y que pronto se darán a conocer al mundo, darán una idea clara de la sensación nuestra, que no era otra que la que puede percibir un espectador desde la butaca de una sala de exhibiciones.

Era impresionante ver aumentar por unos instantes el panorama terrestre ocupando toda la pantalla del periscopio hasta llegar a discernir el límite de las

regiones heladas, mares y continentes, esfumarse sus contornos, convertirse en vaga nebulosa y, a las quince horas doce minutos, ver marcados en los bordes extremos de la pantalla (de un metro de diámetro) los contornos de la esfera terrestre que seguían reduciéndose mientras en su centro se venían ensanchando los contornos de otra esfera, la Luna. (Téngase presente que el periscopio estaba dotado de doble lente, uno inferior y el otro superior, ambos convergentes en la misma pantalla).



Gráfica del itinerario seguido en el viaje a Marte

EN LA LUNA

La distancia de la Tierra a la Luna es de 384.000 kms. Habíamos salvado esa distancia a una velocidad media de 65.000 kms por hora.

La conocida voz invitó a todos a vestir la máscara espacial que llevábamos reservada al efecto para salir de las naves, provista con reserva de oxígeno. La atmósfera era casi insignificante y no habría sido suficiente para nuestra respiración.

Fue el primero en pisar el suelo de la Luna, Tage, siendo rodeado por los veinte marcianos de la base que acudieron luego inmediatamente a atendernos. Acto seguido nos dirigimos a la orilla del cráter, en donde los marcianos habían aprovechado una amplia cavidad convirtiéndola en confortable refugio con atmósfera de aire acondicionado. Reunidos todos y removidas las máscaras, disfrutamos por unos minutos de franca camaradería comentando el viaje, no como una pesadilla sino como una maravillosa experiencia. Jamás habíamos imaginado la posibilidad de la hazaña como el viaje más natural del mundo. ¿Cómo podríamos haber imaginado una cena en la Luna después de almorzar en la Tierra?

Vueltas a ajustar las caretas abandonamos el refugio e iniciamos un recorrido alrededor del cráter que mediría unos ciento cincuenta kilómetros de diámetro. A diferencia de los volcanes terrestres, sus bordes superiores, que formarían un círculo de unos ciento ochenta kilómetros de diámetro, eran tan perfectamente delineados que daban la impresión de ser artificiales. La llanura del fondo del cráter era poco accidentada excepto por numerosos conos menores, con distintas formas, diseminados en ella y enormes grietas de profundidades inalcanzables. La profundidad del valle interno, del fondo al extremo del borde superior, podría calcularse de unos cinco mil metros.

Su composición física no demostraba más que escoria de lava sin una sola señal de vida. La Luna era un astro muerto, con un clima intensamente frío que calculamos no superior a los 40 grados centígrados bajo cero. Todo su aspecto denotaba que su formación resultaba de un rápido cataclismo por el cual su masa era lanzada al espacio explotando luego en una violenta erupción de su calor interno por mil distintas parte, para enfriarse inmediatamente. La atmósfera casi imperceptible daba a nuestros cuerpos una extraña sensación de ligereza por la cual nuestro peso parecía reducido a un diez por ciento. Más bien que caminar parecíamos transportados sobre la superficie. Todo el conjunto daba la impresión casi ilusoria de un sueño. Era un medio sumamente extraño.

Reservando ulteriores datos y observaciones sobre el satélite para otra publicación, seguiremos nuestro itinerario.

Reunidos nuevamente en el campo de aterrizaje fuimos invitados a abordar un gigantesco disco, igual al dejado por los marcianos en nuestro planeta. Subimos a bordo 26 personas. Elevóse inmediatamente y sobrepasado el cráter, tomó rumbo alrededor del satélite continuando la curva que habíamos suspendido al descender, en sentido inverso al movimiento de traslación de la Luna.

No tuvimos tiempo de fijarnos en el panorama de la superficie que dejábamos bajo nuestros ojos y desfilaba en la semioscuridad, porque a los pocos minutos se presentó ante nosotros otro encanto: nuestro globo terrestre, que contemplábamos, no ya por los lentes de un periscopio, sino por las numerosas mirillas de la nave.

Una inmensa esfera de líneas resplandecientes, con la parte occidental esfumándose de penumbra a obscuridad intensa para terminar del lado opuesto despidiendo vivos reflejos de un rojo púrpura. El resplandor del Atlántico

daba resalte al nítido diseño de las costas de dos continentes cuyas elevadas montañas, oscuras al pie, se aureolaban en las cumbres nevadas con un vago reflejo de penumbra.

Imagínese el lector que está contemplando la Luna cincuenta veces más grande de cómo la ve de ordinario y tendrá la idea exacta del tamaño con que se presentaba a nuestra admiración la Tierra. Coloque detrás de esa esfera un enorme reflector de modo que sus rayos se derramen por todos sus bordes y tendrá una idea del espectáculo.

Las películas obtenidas transportarán pronto a nuestros lectores a contemplar esa visión.

Por la falta de atmósfera no podía el enorme disco avanzar lentamente, de modo que, después de dieciséis minutos, descansábamos nuevamente al lado de nuestras naves.

Acto seguido fueron inspeccionadas las naves que habían sido ya revisadas minuciosamente durante nuestra ausencia. Reverentes enviamos un emocionado mensaje a nuestros colegas de Tierra notificando la llegada al satélite y la inminente partida a nuestro destino final. No sin un estremecimiento de emoción oímos nítida, como sólo en el espacioso silencio del cielo podía oírse, la voz de Martinelli transportada a nosotros por el genio de Marconi y en el idioma universal.

*Mente vos et corde comitamur,
hic, illic et ubique universorum
regi laus et gulielmo.*

“Os acompañamos con la imaginación y el corazón. Aquí, allá y en todos los astros, loor al rey del universo y a Guillermo”.

¿Estábamos soñando? Era demasiado grande la realidad. Presentes, y en dos mundos distintos. ¿Quién podía olvidar en esos momentos al gran maestro?

Se repitieron las últimas detalladas instrucciones. Cada uno ocupó su puesto. Diez naves más se unieron al convoy; los marcianos estacionados en la Luna regresaban con nosotros a su patria. Las naves se iluminaron y se elevaron.

Eran en nuestros relojes las veintidós horas.

DE LA LUNA A MARTE

De aquí en adelante nosotros abandonaríamos las naves a merced de la maravillosa energía a la cual eran sensibilísimas. La velocidad no tendría por parte nuestra ningún control. Rechazadas por la fuerza centrípeta de la Tierra su velocidad sería de un décimo de la velocidad de la luz o sea de 30.000 kilómetros por minuto en la oscuridad. Al ser afectadas por la luz solar su velocidad sería duplicada para tornarse indecisa en la frontera entre la atracción de la Tierra y la atracción de Marte.

Al llegar bajo la influencia de Marte sería cortado el circuito de repulsión y dejadas a merced de la atracción marciana.

Nótese aquí que pudo comprobarse definitivamente que la fuerza centrípeta de cada astro es energía negativa y su fuerza centrífuga energía positiva. Esto establecido, muchos problemas dejaron de ser tales y el campo abierto, inmenso.

Nosotros debíamos abandonarnos a una completa relajación nerviosa, y, posiblemente, al sueño. Las 19 naves formaban un enorme círculo energético, de 18 unidades en la circunferencia y una en el centro como núcleo de un sistema celeste, sencillamente un cometa cuya trayectoria sería controlada por la gravitación de dos planetas.

El gigantesco convoy inició la rápida ascensión. Abandonamos el cráter verticalmente y después de describir una breve curva tomamos rumbo al planeta en línea recta. La Luna, envuelta en suave penumbra era reflejada en la pantalla del periscopio con líneas indecisas. A los pocos minutos fueron reproducidos sus contornos con progresiva reducción de su circunferencia mientras venía introduciéndose nuevamente en el panorama la esfera de la Tierra que a los veinte minutos era mayor que la de la Luna. Cuajaban la

pantalla numerosísimos astros como puntos brillantes con vivo destello. Obturamos el reflejo del lente superior para admirar sin interferencias la Tierra y la Luna cuyos discos iban paulatinamente reduciéndose entre un mar de destellos de otros cuerpos a su alrededor. Sin embargo su figura no presentaba detalles pues el hemisferio que contemplábamos estaba ya envuelto en la obscuridad. La Luna no era más que una mancha oscura.

Eran en nuestras naves las veinticuatro horas. Habíamos recorrido tres millones de kilómetros. En el espacio comenzaba a vislumbrarse una vaga claridad.

De la nave de gobierno, Tage invitó a la refacción formada con la misma dieta que la anterior. Fuimos exhortados a conciliar el sueño alternando en vigilia dos cada dos horas. A las dos de la mañana el resplandor era más vivo y nuestra velocidad iba en aumento. A las cuatro horas el cielo era claro y la Tierra iba desvaneciéndose. Estábamos ya a la distancia de siete millones de kilómetros de la Tierra. Las naves tomaban más y más impulso. A las siete de la mañana, envueltos en un sol brillante y cálido las naves eran transportadas con una velocidad de ochenta mil kilómetros por minuto. Nos separaban ya de la Tierra veinte millones de kilómetros.

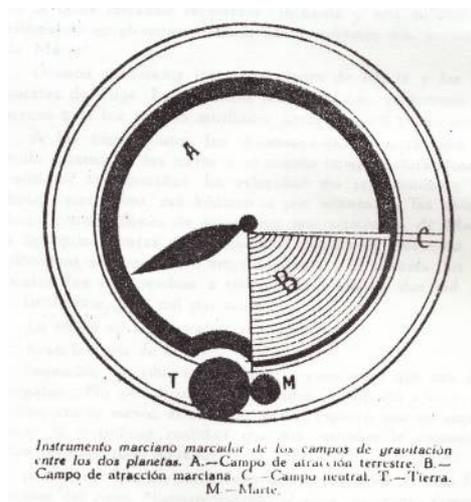
Nuestras naves eran exteriormente puntos de una fulgurante luminosidad, condensando una carga de energía de intensidad incalculable. La visión hacia el exterior era ya imposible porque la luz externa que difundía el casco magnético la interceptaba. Cegamos las mirillas y obturamos el periscopio.

Las transmisiones radiales en cambio podían efectuarse más nítidamente que nunca. La enorme carga eléctrica de la nave comunicaba a las ondas una potencia que sólo nuestra base ecuatorial estaba en capacidad de

captar. Para muchas otras estaciones terrestres no causaron más que serias perturbaciones.

Tanto con la Tierra como con Marte la comunicación era periódica. Cada hora., A las siete de la mañana habíamos enviado el último mensaje y recibido la última respuesta. La respuesta, como todas, rebosaba júbilo.

Dentro de breve tiempo llegaríamos a la frontera terrestre, o sea, al lugar del espacio en donde termina la fuerza de atracción e influencia terrestres para entrar al reino de Marte, o sea, en el área de su atracción y gravitación. Un instrumento especial, con el cual los marcianos habían dotado nuestras naves, señalaría con exactitud esta demarcación.



Instrumento marciano marcador de los campos de gravitación entre los dos planetas. A=Campo de atracción terrestre; B=Campo de atracción marciana; C=Campo neutral; T=Tierra; M=Marte

Un cuadrante por cuya esfera gira una aguja magnética que en tierra descansa en el extremo izquierdo y procede con movimiento ascendente hasta el límite opuesto. El punto de transición está marcado con un pequeño campo neutral en el cual la guja sufriría una serie de vibraciones oscilatorias., para recobrar en el nuevo campo magnético un movimiento estable progresivo. Todos los instrumentos marcianos, inclusive los relojes, proceden en sentido inverso al de los nuestros, o sea, de derecha a izquierda; en este caso por lo tanto la aguja caminaba de izquierda a derecha, a la inversa para los marcianos.

A las diez de la mañana las naves procedían ya con su máximo impulso estable. Teníamos recorridos catorce millones y medio de kilómetros.

A las doce horas nos separaban de la Tierra cuarenta y ocho millones de kilómetros.

A las doce horas veinticinco minutos la aguja del instrumento, que hoy ocupaba por entero nuestra atención entró en el campo neutral sufriendo violentos movimientos oscilatorios, pasando del campo rojo (terrestre) al campo amarillo (de Marte). Después de tres minutos quedó estable en el campo amarillo. La indecisión marcaba un campo neutral de unos doscientos mil kilómetros. También las naves sufrieron notables sacudidas pero pronto recobraron firme estabilidad.

Estábamos en otro cielo.

La voz de Tage nos dio cortés bienvenida que fue inmediatamente retransmitida a la Tierra. Recibimos respuesta pero era patente que las ondas de la radio sufrían ya serios desequilibrios. Si bien las ondas llegaban a

nuestros receptores eran sin embargo confusas e ininteligibles. Esto ya lo suponíamos de modo que no ocasionó preocupación alguna. En lo sucesivo la comunicación clara y directa con la Tierra sería casi imposible, pero era suficiente con las señales de vida de nuestros aparatos.

Iba asimismo desapareciendo un leve amodorramiento que en las últimas dos horas se venía posesionando de nosotros.

Las naves seguían ya inalterable su curso y, a las dos de la tarde teníamos recorridos cincuenta y seis millones de kilómetros en el espacio. Otros nueve millones nos separaban de Marte.

Oíamos claramente las instrucciones de Marte y las respuestas de Tage. La velocidad sería reducida, podríamos dar acceso a la luz por las mirillas y hacer uso del periscopio.

A los diez minutos fue disminuyendo la intensidad del brillo externo de las naves y al mismo tiempo aclarándose la visión en las pantallas. La velocidad iba reduciéndose: Sesenta, veinte, diez, mil kilómetros por minuto. A las catorce horas cinco millones de kilómetros nos separaban de Marte. A las quince horas treinta minutos doscientos cincuenta mil kilómetros se interponían entre nosotros y el planeta. La velocidad fue reduciéndose a tres mil por minuto, dos mil, mil y, finalmente, diez mil por hora.

La visión en las pantallas era clarísima.

Eran las seis de la tarde.

Imposible describir la impresión y emociones que nos embargaban. No pensábamos con lucidez y no era efecto del medio; era la mente, el corazón, era el espíritu que no soportaba la grandiosa realidad que los sentidos le imponían. ¿Era realidad todo aquello?

¡La tierra! Era un astro de primera magnitud, el más fulgurante del cielo. Nuestro querido planeta, un punto luminoso, confundido entre miles,

entre millones de otros puntos brillantes. Y la Tierra sin embargo, estaba habitada.

¿Estaría habitado el planeta Marte?

¿Estaría habitada la Tierra? Eran las preguntas que por miles de años habían inquietado a los dos mundos.

Los marcianos ya lo sabían. Hoy conoceríamos nosotros la respuesta.

¡Qué pequeñas, qué mezquinas somos a veces las criaturas! Creíamos que el mundo terminaba tras las columnas de Hércules. Los romanos ampliaron el horizonte: Había más tierras, nuevas islas y habitantes en esas tierras y en esas islas. Y otra vez creíase fijado el nuevo límite del mundo.

Cristóbal Colón volvió a borrar confines y escribió en el globo nuevos continentes, nuevas islas y encontró millones de seres en ellas.

Marconi invadió los espacios, unió mares, islas y continentes y abrió el camino a nuevos mundos.

¿Y dudamos que en otros astros haya habitantes? ¿Qué es la Tierra? Un grano de polvo en la inmensidad del espacio. ¿Por qué había de ser exclusivo de la Tierra el privilegio de la vida? ¿No habrá alcanzado el hálito divino a esparcir vida, espíritu e inteligencia en los otros mundos? Mucho hemos de temer que el no creerlo así no nos otorgará la exclusividad de la vida, pero, sí, la prioridad entre todos por escasez de evolución. Ésta es por lo menos la impresión nuestra recavada del contacto con los marcianos.

¡SUNE! ¡SUNE! ¡CUNI ORIN, NAÑI TALE SORI!

¡Aló! ¡Aló! Look at east. Aur satellite Sori.

¡Atención! Vista a oriente. Nuestro satélite Sori.

Y, efectivamente, a sólo unos mil kilómetros de distancia proyectabas, gigantesco por la cercanía, el pequeño satélite de Marte bautizado por may con el nombre de Phobos.

Ya Marte abarcaba toda la pantalla multiplicando ante nuestros ojos mil detalles geográficos: mares, islas, continentes.

De pronto fue interrumpido el espectáculo por una fantástica visión. Docenas, centenares, miles de naves esmaltaban las pantallas. Venían a nuestro encuentro los marcianos con un despliegue tal de grandeza, generosidad y poderío que difícilmente las potencias terrestres podrían igualar. ¿Y había razón para ello? ¿No sería acaso éste el más grande de los acontecimientos que registra la historia del universo?

A las seis y media de la tarde, a diez y ocho mil metros de la superficie, los instrumentos comenzaron a revivir, tornaron a evolucionar las turbinas y las naves a moderar su brillo. Estábamos en un medio atmosférico confortable. Las naves que surgían del planeta iban disponiéndose en gigantesco cortejo en el cual las nuestras constituían la cabeza. Discurrimos unos diez minutos a poca altura y tocamos tierra.

Eran las seis de la tarde cuarenta y cinco minutos; en Marte las siete de la mañana.

NOTA: De aquí en adelante seguiremos usando el término “Tierra” para referirnos al suelo de Marte.

EN MARTE

Todos los habitantes del planeta estaban enterados y esperaban nuestra llegada.

La ciudad de Tanio, capital de Marte, ocupaba el centro de una extensa llanura, la mayor del planeta. “El campo de contacto”, que así llámense en Marte los campos de aterrizaje, mediría unos cinco kilómetros de superficie y hoy estaba literalmente cubierto de naves dispuestas en un orden perfecto; solo las que habían ido a nuestro encuentro sumaban más de mil. Muchas de ellas, sin embargo, habían descendido en otros lugares de la ciudad.

No menos de cien mil personas, ordenadamente distribuidas, esperaban formando un gigantesco semicírculo. Ocupaba el centro del semicírculo un grupo distinguido de personajes, rodeados de una guardia de honor.

Nuestros aparatos se paralizaron a unos cincuenta metros de ellos. Detrás de nosotros las otras naves que nos habían acompañado desde la Tierra y desde la Luna. Tage descendió primero de la nave y, erguido el cuerpo, hizo ante las autoridades el conocido saludo. Acto seguido rindió el mismo tributo toda la tripulación marciana.

Tage regresó a nuestras naves y nos invitó a descender. Los tres principales personajes del grupo central se adelantaron. Nos detuvimos frente a ellos y ejecutamos su saludo, correspondido el cual nos inclinamos en respetuosa reverencia ante los tres supremos jefes del planeta: LOGARE, el supremo moderador político; SUNINA, supremo moderador religioso, y SARINU, supremo moderador cultural. Los jefes en Marte son denominados con el título general de NOSE, principal, cuya verdadera acepción equivale propiamente a “moderador”.

Nueve hermosísimas doncellas, espléndidamente ataviadas, nos brindaron los primeros perfumes y los primeros colores de su tierra con sendos ramos de flores. Inmediatamente nos encaminamos con la magnífica escolta a la residencia de gobierno e introducidos en una hermosa habitación que había sido anticipadamente acondicionada para nosotros fuimos dejados solos.

Los hombres de Tage se habían ocupado de nuestras naves y de nuestras cosas. Tage nos visitó encareciéndonos descanso y refrigerio.

Y aquí una breve digresión.

En las narraciones imaginarias de viajes interplanetarios y en sus descripciones, muchos autores divagan en absurdas fantasmagorías, pero en realidad no es así. Los astros son regidos por las mismas leyes. Las leyes físicas, igual que las astronómicas, son por lo tanto iguales en cualquier parte del universo, produciendo, en iguales circunstancias, iguales efectos. Los gérmenes y las distintas manifestaciones de la vida, tanto vegetal como animal, tenidas en consideración las variantes del medio, serán iguales. Con mayor razón las manifestaciones del ser inteligente, pues, si puede variar la materia, el espíritu en cambio tendrá la misma relación; el ambiente únicamente podrá influir en su mayor o menor grado de desarrollo.

Formando Marte parte del Sistema Solar, y gravitando alrededor del Sol casi en las mismas condiciones que la Tierra, siendo igual su constitución física, hallará la vida igual medio de desarrollo en él que en la Tierra.

A pesar de tantas elucubraciones científicas tendremos forzosamente que rendir tributo al sapientísimo relato de la Biblia. En la formación del mundo el Supremo Arquitecto, por medio de sus leyes insondables, ha

separado la parte líquida de la sólida (que la Biblia nombra árida) y la gaseosa que nosotros llamamos aire y en cada uno de los elementos ha puesto a incubar los gérmenes de vida. En todos los astros, por tanto, en que se encuentren definidos los tres elementos, habrá igual manifestación de vida. A nuestra parte “Árida” nosotros la llamamos tierra lo mismo podríamos llamarla Venus o Marte. También es cierto, y otra vez la Biblia tiene razón, que para el ambiente favorable a la vida es indispensable el desposorio de los tres elementos: tierra (árida), agua (aguas inferiores) y atmósfera (aguas superiores): Donde falte cualquiera de los tres elementos faltará la vida. Reconocemos que la Biblia en este caso se ha adelantado milenios a la ciencia.

No está aquí fuera de lugar el recordar que el autor del Génesis era un sabio. Moisés, expuesto apenas nacido a las aguas del Nilo, fue recogido y adoptado por la lija de Faraón, recibiendo en la corte la educación e instrucción de un príncipe egipcio, lo cual no era poco. Los egipcios, particularmente en esa época, dominaban muchos secretos de la naturaleza, en especial la química, la geología, la astronomía y la astrología. No es por tanto de mirarse con ligereza el relato del génesis pues si bien el autor narra el origen del mundo de un modo accesible al entendimiento de un pueblo de cerviz obtusa, refleja sin embargo las teorías y creencias de los más sabios investigadores científicos del Egipto de entonces, y eso es mucho; además de la revelación divina en la cual desde luego, creemos firmemente.

Es tal la analogía entre Marte y la Tierra que el que mira con ojos científicos tendrá que ver en Marte seres inteligentes, animales, flora y fauna igual que en la Tierra.

Es exactamente lo que hemos considerado. En Marte tiene la vida un desarrollo muy análogo al de nuestro planeta tanto en la fauna como en la flora. Hay por lo tanto en Marte animales, flores y frutos como en la Tierra y

muchos son iguales en las dos partes. En cuanto a los habitantes, nos aventajan mucho aun en su aspecto físico, porque el medio climatérico es más favorable. En la Tierra misma hay partes en que la inteligencia se desarrolla mejor porque el ambiente y el clima permiten más dedicación y consagración intelectual. En otras, en cambio, lo deprimente del medio atrofia las facultades intelectuales.

Los marcianos han sido privilegiados pues el ambiente climatérico presenta condiciones favorabilísimas para el desarrollo intelectual. El cuerpo no sufre casi opresión alguna por el clima, que es benigno y fresco aun en las parte más bajas ni por la atmósfera que es muy liviana. De ahí que su nivel intelectual y moral, tenemos que confesarlo, es muy superior al nuestro.

Tampoco sufre el planeta de las violentas perturbaciones atmosféricas que tantas desastrosas consecuencias acarrear en la Tierra. De ahí que son erróneas muchas concepciones que, de ellos, figuran algunos escritores, como deforme, belicoso, feroz y destructor. Forjémonos una imagen a la inversa y tendremos una idea de los habitantes de este planeta.

Los marcianos han visitado también el planeta Venus pero no parecen inclinados a buscar relaciones con sus habitantes, pues sufren de un desequilibrio más acentuado que nosotros, los habitantes de la Tierra; y es explicable, a la luz de las razones arriba expuesta. El nombre de Marte es para nosotros sinónimo del Dios de la guerra y Venus de la gracia, belleza y poesía. Fue un error de los antiguos. Inviértanse los nombres y tendremos una idea bastante aproximada de la realidad. Coloquemos nuestro planeta en el término medio y completaremos el concepto de los tres planetas que son habitados en el sistema solar.

Fue oportuna en la Tierra la visita de un redentor. Marte no la necesitó y Venus aún no está dispuesta para recibirla.

En el caso de una alianza interplanetaria los venusinos no serían confiables, mientras que los marcianos nos traerían grandes ventajas.

Venus que se halla más cerca del Sol, puede tener un clima medio de unos cuarenta grados centígrados, clima muy oprimente para la dedicación y el desarrollo intelectual. Marte tiene un clima medio de diez grados y la atmósfera más liviana un ambiente, por lo tanto, mucho más favorable que el de Venus y de la Tierra que tiene un clima medio de veinte grados. En Marte el espíritu y la inteligencia tienen el predominio; en Venus predomina la materia, en la Tierra soportaremos la lucha entre las dos potencias.

Más que del aspecto físico de su planeta nos interesaba ahora vivamente enterarnos de su historia de su política, el adelanto de sus ciencias, su religión y su cultura.

Cinco días era el tiempo máximo al cual podría prorrogarse nuestra estancia porque el progresivo alejamiento de los planetas podría acarrear complicaciones para el regreso. Tuvimos que descartar también la idea de permanecer hasta una próxima ocasión favorable para el regreso porque nuestra institución necesitaba nuestras observaciones, nuestras experiencias. Unos y otros estábamos intrigados en el perfeccionamiento de nuestros medios de comunicación: treinta marcianos habían quedado en el campamento con los nuestros y por otra parte la próxima ocasión propicia sería a fines de 1959. Así que fijamos el regreso para el día 19 de octubre.

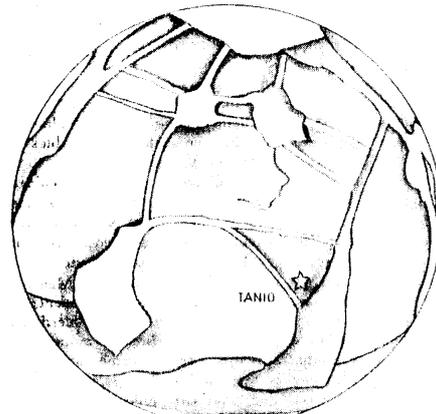
En otra publicación daremos informes detallados de la geografía, hidrografía del planeta; nos entretendremos ahora brevemente y a grandes rasgos sobre los principales aspectos que queremos dar a conocer.

RASGOS GENERALES DE LA GEOGRAFIA DE MARTE

De la geografía del planeta expondremos por ahora solamente los rasgos generales, los que sean indispensables para el mejor entendimiento de lo que vamos a relatar.

Las dos terceras partes del globo terrestre están cubiertas de agua. En Marte ocupa la tierra las dos terceras partes y solo una parte es cubierta de agua. No hay grandes océanos, sus mares en cambio son numerosos y pocos se comunican entre sí naturalmente. La parte terrestre puede dividirse en dos continentes que sin embargo están unidos. Más exactos seríamos si dijéramos que forman un solo continente, salpicado por varios lagos, seis de los cuales son verdaderos mares. Desde luego es mucho más pobre en agua que la Tierra pero en cambio sus aguas están mucho mejor distribuidas y esa distribución fue completada por un verdadero prodigio de ingeniería, que unió casi todos los mares con gigantescos canales. Estos canales se habían hecho indispensables. Siendo sus regiones polares congeladas de una extensión mucho mayor relativamente, que las terrestres, sus deshielos estivales causan enormes inundaciones, que con el aumento de población fue forzoso contener y eso dio origen a la obra de ingeniería más portentosa que pueda concebirse. Hay muchos canales que miden tres y cuatro kilómetros de ancho.

Ha contribuido a facilitar la grandiosa obra lo poco accidentado del suelo. Sus montañas más elevadas no pasan de los dos mil metros y son muy contadas. Completa su sistema orográfico una cadena de colinas casi uniformemente distribuidas sobre el continente. Sus llanuras son extensas. Volcanes tiene sólo uno, inactivo desde tiempo inmemorial.



Marte: Hemisferio occidental.

La misma naturaleza, con esa equilibrada distribución de las aguas, que el ingenio de sus habitantes completó, ha permitido una más equitativa repartición de su población con la contribución de un clima moderado y uniforme.

La población en Marte es mucho más densa que en nuestro planeta, con un total de seiscientos millones de habitantes (Téngase en cuenta que Marte es cinco veces más pequeño que la Tierra y que sus regiones polares congeladas son mucho más extensas que las nuestras).

Fuera de las regiones congeladas que cubren la cuarta parte del planeta, todo el territorio es poblado y su suelo cultivado con un maravilloso sistema agrícola; sus montañas están cubiertas de una exuberante extensión boscosa.

De mil metros arriba sobre la superficie húmeda no existen posesiones privadas, considérese, como diríamos nosotros, propiedad nacional y todos los habitantes contribuyen para su conservación y prosperidad. Grata fue nuestra sorpresa al encontrar como señor de las alturas al mismo pino que señorea en nuestras montañas.

Las alturas de Marte son verdaderos encantos; al árbol se le rinde un tributo tal que raya en verdadero culto. Contribuye a su prosperidad el haber

eliminado los marianos casi totalmente el uso de la madera. Siendo su suelo mucho más rico en metales que el nuestro, el marciano domina la metalurgia maravillosamente. Todo se hace de metal, inclusive el papel. Nadie tiene derecho a explorar la tierra cinco metros bajo la superficie. Las extracciones se verifican de las montañas. Si estableciésemos en este respecto un parangón con la tierra constataríamos realidades para nosotros vergonzosas.

La vida estuvo a punto de desaparecer del planeta Marte. Agotándose su energía interna con el abuso de las extracciones, extinguiéndose sus bosques, reduciéndose el volumen de sus aguas y propagándose los desiertos, funestas calamidades comenzaban a azotar a sus habitantes. Eso los indujo a proceder a una verdadera revolución y restauración agraria. La gigantesca reforma fue iniciada por la más célebre y venerada figura de toda su historia, DANI.

Desde entonces todo marciano comenzó a rendir un verdadero culto a su tierra. El suelo podría explotarse únicamente hasta no más de mil metros de altura y no más debajo de los cinco metros de profundidad. Cada marciano se convirtió en lo que desde entonces no ha dejado de ser: un obsesionado amante de la tierra.

La temperatura media en Marte es de diez grados centígrados, pero las cuatro quintas partes de la población viven bajo un clima de 16 a 18 grados. Este clima ideal con su atmósfera liviana constituye un medio propicio al desarrollo de una exuberante vegetación. Sin embargo, la mayoría de sus

cultivos, desde tiempos lejanos, proceden con el método recién introducido en la Tierra y que nosotros conocemos con el nombre de HIDROPONÍA. Permite este sistema obtener máximo rendimiento en un *mínimum* de superficie y sin causarle a la tierra ningún agotamiento. El setenta por ciento de la alimentación marciana es obtenido por este procedimiento; su suelo por tanto goza de un descanso casi absoluto que le ha devuelto una extraordinaria fertilidad, asegurando al planeta futura abundancia y riqueza.

En Marte no se concentra la población en grandes núcleos urbanos. Está distribuida en numerosos centros pequeños o pequeñas ciudades y en toda la extensión de la campiña. Tanio, la capital, es la única ciudad verdaderamente grande y cuenta con doscientos cincuenta mil habitantes en su recinto interno. Ninguna de sus casas pasa de dos pisos y aun éstas son muy pocas. La casa típica marciana es de un solo piso pero rara vez mide menos de seis metros de altura. Todas culminan en azoteas o terrazas que se truecan en verdaderos jardines en cuyo centro campea siempre su familiar receptor de energía solar.

Distribuidos por todos los ámbitos del planeta y como templos que dominan los principales núcleos de población, se destacan los blancos edificios de investigación científica, a los cuales cualquier vecino tiene libre acceso. Son tres las ocupaciones predominantes de todos los habitantes del planeta: el ejercicio físico, la agricultura y la investigación científica. Todos practican las tres actividades.

DEPORTES

Los marcianos, todos sin excepción, hombres y mujeres, practican el deporte. Es un planeta deportivo.

Nosotros, los habitantes de la Tierra, apenas si conocemos el deporte. A menos que no queramos llamar deporte a las exhibiciones de competencia física que no son otra cosa que trucos comerciales, en los que, mientras una docena de individuos corre, nada o juega a la pelota, otros cincuenta mil contemplan sentados el espectáculo, desembolsando para ello buena cantidad de dinero. Es ínfimo entre nosotros el número de los que ejecutan los ejercicios físicos, los demás (y son pocos también) se conforman con mirarlos.

En Marte todos, hombres, niños y mujeres, practican el ejercicio físico en sus casas, en sus jardines y en públicos sitios reservados para ello, sin que nunca se les haya ocurrido cobrar para exhibirse ni pagar para ver.

Por eso los marcianos ostentan un gallardo y robusto aspecto físico y manifiestan como inherente a su naturaleza un espíritu admirable de orden y disciplina. Es impresionante la actitud de las masas en las públicas concentraciones como era el caso de nuestra llegada; la disciplina, el orden y la más equilibrada intuición dan por resultado una conducta tal que en la Tierra necesitaría larga preparación.

A diferencia de ciertos deportes nuestros que se han convertido en verdaderas exhibiciones de esfuerzo bruto, que predispone a la explosión de pasiones violentas, como el odio, la venganza, la envidia, con repercusiones a veces internacionales, en Marte reviste verdaderos caracteres de nobleza, en que el cuerpo robustece el espíritu y el espíritu ennoblece el cuerpo.

Toda clase de ejercicios físicos es ejecutada bajo los rayos del Sol. Los marcianos desarrollan su vida en íntimo contacto con el astro maravilloso, y

estamos convencidos que este contacto con la naturaleza influye mucho en su elevado nivel de nobleza y cultura. No podemos las criaturas sustraernos a esa influencia. Es un error pretender forjarnos una existencia prescindiendo de la influencia del ambiente natural. Por el Sol existimos y vivimos; el Sol con su energía infunde la vida a las plantas, mantiene en equilibrio a los planetas; con su calor germina la simiente, se vigoriza la tierra, viven las aguas y se evaporan para formar la atmósfera que nos mantiene el ser. Los marcianos han sabido además extraer del Sol toda la energía del movimiento mecánico.

AGRICULTURA

Los habitantes de Marte se dedican todos en alguna forma a la agricultura. Los alimentos de cada familia son cultivados y preparados por ella misma.

Siendo, como veremos, su sistema político-social muy distinto del nuestro, no existen en Marte diferencias de clase y mucho menos de razas. No existen latifundios, patronos poderosos ni terratenientes exclusivistas. Cada familia posee su tierra, la que cultiva para sus necesidades; no existen consecuentemente braceros de oficio que se dediquen al cultivo de la propiedad ajena.

Constituye así la agricultura un hobby general y la más difundida de las ocupaciones. En Marte reviste dignidad y carácter sagrado todo lo que tiene relación con la naturaleza, la cual ha correspondido generosamente, prodigando en abundancia el conocimiento de muchos de sus arcanos, El Sol, la más excelsa de las criaturas, por el cual existe, subsiste y vive el planeta, es motivo de sincera veneración y objeto de estudio profundo. La tierra, el elemento vital para el habitante: de ella somos, en ella y por ella vivimos. Las aguas son el elemento que vivifica y hace vivificante la tierra. La atmósfera es el espíritu, el fruto del desposorio entre la tierra y el mar; desposorio que, con la energía vivificadora del astro rey, engendra la vida.

Estos sublimes conceptos de la maravillosa armonía natural hacen del marciano un verdadero sacerdote de su tierra. Cuida la integridad de las aguas con su constante circulación y la pureza de su atmósfera con la custodia diligente de su exuberante vegetación.

A la luz de esta sublime ideología, el marciano vive en íntima comunicación con el ambiente que lo rodea y al dedicarse más y más al

escrutinio de esos elementos ha penetrado hondamente en sus misterios. El Sol le ha prodigado sus encantos, la tierra sus tesoros y la atmósfera una sana y placentera existencia. Con la guía de estos principios el cultivo de la tierra es tan placentero como podría haberlo sido para Adán y Eva en el paraíso terrestre. Así será la tierra más agradable como mansión y menos pesada como mortaja.

Al escuchar de los sabios marcianos la exposición de tan elevada filosofía no podíamos menos que sentir lástima por nuestro planeta, cuyo brillo contemplábamos con nostalgia confundirse con las estrellas. Lástima, porque nuestra tierra es generalmente víctima de una agotadora explotación sin más miramientos que un lucro egoísta.

El cultivo de la tierra, a la luz de los altos principios que hemos expuesto, es un trabajo dignificador y placentero. Se ha logrado además un conocimiento tan profundo de las propiedades constitutivas del suelo y de sus frutos que su rendimiento es altamente eficaz.

Flores, frutos, verduras y plantas adornan terrazas, patios y jardines que constituyen el encantador atractivo de cada vivienda. Cada familia es poseedora además de una porción de suelo más que suficiente para el suministro holgado que permite llenar todas sus necesidades, además de la contribución que cada uno aporta para el abastecimiento común, destinado a las personas dedicadas a las tareas científicas e industriales, para el cual objeto otras extensiones de suelo están reservadas.

Los cereales constituyen el cultivo principal, particularmente el trigo, igual al nuestro, y otros dos granos que no conoce nuestro planeta. El maíz no

es conocido en Marte. Una rica variedad de tubérculos, inclusive nuestra patata, que forman uno de los alimentos básicos.

Plantas textiles sólo son dos pero sin ninguna semejanza con el algodón y el lino nuestros. Las frutas son variadísimas, siendo las principales la manzana, la pera, semejantes a las nuestras, el durazno, mucho más desarrollado y una extensa variedad de uvas, desprovistas de propiedades alcohólicas. Las bebidas embriagantes no son conocidas en Marte.

Volvemos a recordar que el setenta y cinco por ciento de la producción agrícola es obtenido por el sistema hidropónico.

Más detalles al respecto serán objeto de un tratado aparte; esto bastará para forjarnos una idea de la vida vegetal del planeta. Para complemento consignamos de una vez que la fauna en Marte es mucho más limitada que en la Tierra. No se conoce casi a ninguno de nuestros animales salvajes, fuera de una variedad de oso blanco en las extensiones polares.

Abunda en cambio una variedad considerable de animales domésticos de adorno y de utilidad exclusiva para la producción lechera. El animal no proporciona al marciano ni alimento ni vestido. En Marte es desconocida la dieta a base de carnes calientes y no se conoce el vestido a base de lana u otras pieles. Lo que si abunda en su dieta es el pescado y varios productos de la flora marina que son asimismo fomentados con diligente protección.

CIENCIA E INDUSTRIA

En Marte no hay fronteras, ni partidos, ni sectas en la religión. Desde la lucha sostenida hace dos milenios por la supervivencia común y a raíz de la reforma general emprendida por Dani, todos los habitantes del planeta se unieron en un solo bloque que unificó ideales políticos, religiosos y sociales. Fijáronse principios básicos que constituyeron graníticos cimientos a la sólida estructura que ha podido amparar un avance ascendente incontenido hasta hoy.

Desde los primeros momentos de la reforma se inició una sana revisión de la investigación científica, a la luz de postulados rectos y profundos. Esto cimentó consecuentemente toda la estructura política, social, religiosa y científica sobre bases generales de solidez axiomática. Estos principios jamás pudieron ser tergiversados. Mientras en la Tierra, por ejemplo, seguimos investigando cual es el camino que conduce a Roma, en Marte el camino es conocido y la preocupación de todos, una vez conocido el mejor y más corto, consistirá en investigar el medio más práctico para recorrerlo, hallado este medio, todos encaminarán sus esfuerzos en perfeccionarlo. Tengamos presente que el grado de adelanto a que hemos llegado nosotros al presente, los marcianos lo habían logrado hace veinte siglos. Ese progreso sin embargo, llevaba en muchas de sus manifestaciones inconsideradas a más de una funesta consecuencia, con peligro inclusive de la muerte física del planeta. En la gran reforma se unificaron todas las instituciones, científicas, todos los núcleos industriales y el aporte de todos los habitantes. Las consecuencias naturalmente fueron asombrosas e inmediatas. Corrigiéronse errores, robusteciéronse principios y se perfeccionaron los métodos.

La más radical de las reformas fue la que promovió un alto en seco a toda desmedida explotación natural y marcó el inicio de una investigación universal sobre la energía solar, dedicando a ello todos los recursos al alcance. Con el decurso de los años los progresos fueron patentes, hasta alcanzar hoy el dominio del espacio.

Esa energía era ya bien conocida y aplicada en Marte, como actualmente la electricidad en la Tierra; los marcianos, sin embargo, ni siquiera conocieron los métodos rudimentarios, de la generación de nuestra electricidad, que es recabada por la excitación molecular; siempre la habían obtenido de la energía solar.

La energía atómica era cosa por ellos bien conocida, pero desde el principio había sido descartada su utilización.

En la Tierra podríamos alcanzar muy pronto ese mismo alto nivel de progreso, pero estamos procediendo exactamente como inquilinos de un establecimiento psiquiátrico. Nuestro bajo nivel intelectual y, sobre todo moral, nos lleva como ciegos que recorren un camino tortuoso; sólo la experiencia material es nuestra guía y los tropiezos a veces nos dan sorpresas fatales. Nuestra limitada evolución espiritual nos induce a discriminar razas, colores, desmembrar nuestro planeta con bochornosas líneas mal llamadas fronteras, marcadas con egoísmo, odio y soberbia. Nos lanzamos en busca del progreso y jugamos al escondite con sus frutos. ¿Acaso no tenemos un único e igual destino? Nuestra inteligencia no tiene más límites que el universo en el mundo físico y Dios en el orden intelectual.

El primer llamamiento a la cordura ha sido ya lanzado por el hombre más sensato, el primer magistrado de la nación más poderosa que ya presiente el horror de tanta locura. Eisenhower, el apóstol de la paz ha dado a gritos la voz de alerta. Depongamos los odios, borremos fronteras, unamos las inteligencias. Si logramos esta unión de espíritus y de mentes, la Tierra también será grande, próspera y feliz; el reino pronosticado por el Mesías.

Pero volvamos a Marte.

El interés de todos los habitantes de Marte por el desentrañamiento de los arcanos científicos es tan natural y arraigado como lo fuera en los florentinos del siglo XVI la afición por el arte y la arquitectura y en el pueblo italiano la inclinación por la música. Su unidad político-social y la unidad geográfica del continente hacen posibles el intercambio, la conformidad y unidad de sus principios científicos, de la marcha de los cuales todos están enterados.

En cada centro medianamente poblado existe un centro popular de estudio al cual concurren todos los vecinos; allí son enterados del último adelanto y del siguiente proyecto. Toda información, sugerencia e iniciativa particular son recogidas y remitidas a los centros superiores. Es fácil imaginarse las ventajas enormes que entraña semejante sistema.

Los más intrincados problemas fueron solucionados a veces por aficionados eventuales. Esto trae como consecuencia lógica el que las conversaciones populares versen sobre el curso de la investigación y que se intensifiquen los estudios particulares. Por eso en Marte nunca se han

distinguido inventores especiales porque las mayores conquistas son fruto generalmente del aporte común.

Tres principales y gigantescos centros industriales realizan experimentos prácticos y ejecutan las construcciones mecánicas requeridas en todas las ramas de la investigación y la industria, que han dado como resultado una gama siempre ascendente de progreso y perfección.

**¡NUEVAMENTE ATENCION,
HABITANTES DE LA TIERRA!**

Nos ayudará mucho a formar un concepto más exacto de las ventajas del sistema marciano si tenemos en cuenta la facilidad de comunicación que ha eliminado por entero del planeta la distancia en términos de lugar y de tiempo.

Cuando en la Tierra comenzamos a descubrir la rueda los marcianos ya prescindían de ella. ¿Qué habría sucedido con un Leonardo de Vinci si Arquímedes hubiera hecho en su tiempo los hallazgos de Galvani? ¿Y qué hubieran hecho Galvani, Volta, Edison y Marconi en tales circunstancias? Cada día aprovechamos más energía con mayor reducción de medios. Si seguimos esta marcha sin tropiezos ¿a qué punto habremos llegado dentro de mil, de cien años? ¿Y qué logros obtendríamos si todos nuestros investigadores practicasen un mutuo intercambio de sus conocimientos? Transportémonos a Marte y obtendremos la respuesta. Los marcianos no malgastaron siglos y milenios en proyectar guerras y conquistas; no malgastaron nunca sus energías intelectuales en buscar el modo de destruir a sus semejantes y desintegrar la materia. Pueblo naturalmente inclinado a la reflexión e investigación, comienzan siempre con asentar y luego examinar la causa; conocida y reconocida la causa, los efectos se desgranarán uno tras otro. Hemos de reconocer y confesar los terrícolas que siempre hemos sido superficiales; nuestra misma historia nos acusa.

Cristóbal Colón no buscaba un nuevo mundo cuando descubrió América. Pero entonces recapacitaron ¡y a qué horas! nuestros científicos. De verdad, la Tierra debía de ser redonda. Galvani estudiaba anatomía en los muslos de una rana cuando fue sorprendido por la primera manifestación del

fluido eléctrico; y otra sorpresa de la pobre humanidad: ¿Qué será esa energía misteriosa?

¿Cuántos cálculos astronómicos habíamos hecho sobre un cielo redondo? ¿Cuántas cartografías habíamos dibujado sobre una tierra plana? ¿Y qué locuras estamos haciendo ahora con la energía atómica? En el campo de la ciencia hemos venido dando tumbos, hemos andado y tenido que desandar largas jornadas, hemos construido, destruido y tenido que reconstruir puentes, y aún no entramos en vereda.

Nunca hemos reflexionado en un hecho, el más sencillo de los hechos, y el más natural para nosotros, pero que ha aterrado a los marcianos: Que a pocas horas de vuelo de los rascacielos de Nueva York y en el mismo continente, divisaremos selvas habitadas por seres que aún no conocen la rueda: Que vemos en un mismo continente seres iguales pero con el látigo unos y otros con el yugo: Que contemplamos un pueblo hastiado de confort y comodidad hundir en el mar enormes cantidades de alimentos sobrantes y al otro lado de una línea imaginaria perecer otro pueblo de inanición y desnudo.

¿Y a eso llamáis progreso, habitantes de la Tierra? ¿Y aun dudamos que haya seres mejores en otros mundos? Si el hombre de la tierra fuera lo mejor que Dios ha creado no dudaría un momento en creerlo un artista fracasado.

El Sol trasmite energía, luz y calor. Con su energía gobierna el sistema planetario, con su luz lo relaciona y le da vida con su calor.

¿Cómo opera esa energía?

¿Cómo se trasmite su luz?

¿Cómo engendra vida ese calor?

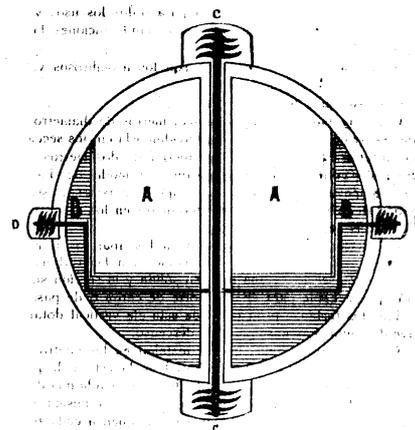
En descifrar esas incógnitas, en formular esas respuestas y en comprobar esos efectos se empeñó y sigue empeñando el marciano y con dos mil años de progresivos hallazgos; y ha logrado tanto que ya le quedan medios y tiempo de recrearse con ir a visitar las tragicómicas operetas que se desarrollan en otros planetas.

Nosotros, con Guillermo Marconi, hemos dado el primer paso en el aprovechamiento de la energía del espacio, comenzando con el control de las ondas sonoras; en Marte se inició la marcha con el aprovechamiento de las ondas luminosas y su sistema de la comunicación televisada es anterior al de la comunicación hablada; y, mientras nuestro sistema de televisión es aun rudimentario, nuestro sistema sonoro en cambio merece su entera complacencia.

La misma energía es utilizada para todos los usos y bajo miles de formas; pero de todas sus manifestaciones la más desarrollada es la del transporte.

¿Queremos ahora saber cómo son los asombrosos vehículos del planeta amigo?

Construyamos uno.



Nave marciana corriente, (seccionada por mitad). AA.—Espacio aprovechable. BBBB.—Espacio reservado para las unidades mecánicas. CC.—Hélice-turbinas de elevación. DD.—Hélice-turbinas de traslación y dirección. E.—Eje vertical. F.—Eje horizontal para las hélices laterales.

Construyamos una esfera de tres metros de diámetro (podría ser de dos, de cuatro, etc.). Dividámosla en dos secciones: Una inferior, de un metro y la superior de dos metros. Atravesémosla verticalmente por un tubo, a modo de diámetro, que sobrepase en los dos polos la superficie externa; este tubo llevará en su interior el eje que terminará en los dos extremos con sendas hélice-turbinas.

La sección inferior dará cabida a los aparatos mecánicos que proporcionan la fuerza de revolución a las turbinas. Separa las dos secciones una división sólida y la sección superior será aprovechable para el transporte de carga o de pasajeros.

Las dos turbinas principales de este eje vertical dotarán la nave de impulso ascensional o de descenso.

Otras cuatro turbinas que se instalan en los cuatro extremos opuestos del diámetro ecuatorial de la esfera, le proporcionarán impulso de traslación y la dirección. Cada una de estas cuatro turbinas puede ser accionada por una misma unidad motriz o con sendas unidades que se apliquen a cada turbina.

Las máquinas que proporcionan la energía para el movimiento de las turbinas podrían ser motores de explosión o eléctricos. Su capacidad y potencia no tienen más límites que los determinados por las unidades que suministran la fuerza.

Su equilibrio será siempre perfecto pues todo el peso y su centro de gravedad descansan en el polo inferior de la esfera.

Esta nave resulta desde luego muy cómoda y práctica, pues accionará como avión y helicóptero al mismo tiempo y sin necesidad de alas ni otros accesorios de gobierno. Aplicándole ruedas, se transportará lo mismo por tierra; aplicándole una hélice con un eje horizontal, navegará sobre las aguas.

Revistamos ahora este aparato de una coraza con capacidad para concentrar energía solar y tendremos el vehículo más común de los habitantes de Marte. Suprimamos, si queremos, las unidades mecánicas y lancémonos al espacio sideral.

Sería muy largo enumerar las aplicaciones que los marcianos hacen derivar de la energía solar. Si bien se conocen en Marte nuestros sistemas de aprovechamiento del vapor y la combustión interna y otras manifestaciones de la energía intrínseca, casi todos esos métodos fueron suplantados por la aplicación más efectiva, más económica e inagotable de los rayos cósmicos.

No es, sin embargo, nuestro objeto extendernos en detalles al respecto. Lo haremos en otra ocasión.

POLITICA Y VIDA SOCIAL

Más bien que “Política” sería propio denominar “Sistema social” a modo de gobernarse de los marcianos.

No tienen ellos un gobierno propiamente dicho y como nosotros lo entendemos.

Aquí deberán perdonarnos nuestros lectores ciertas apreciaciones que nos es forzoso consignar para fidelidad de nuestro relato. No pretendemos criticar ni menguar ningún régimen, partido o sistema político, pero nuestro primordial objeto en la realización del viaje, era investigar, observar y comparar; por eso haremos constar aquí nuestras impresiones y las impresiones de los marcianos.

Fue tal el impacto que recibimos científica y moralmente al entrar en ese mundo, que nada pudimos investigar sino sólo observar y precisamente la observación nos hizo imposible comparación alguna, por no tener cabida. Es tal la diferencia entre la cultura nuestra y la de los marcianos que nos sentimos avergonzados.

Podemos estar muy equivocados pero los panoramas de la Tierra y de su nivel cultural contemplados desde Marte, presentan sombras bochornosas.

El hombre es un ser social, o sea, inclinado por naturaleza a vivir en compañía de sus semejantes. El habitante de Marte es desde luego lo mismo, pero ¡Qué diferencia en la evolución de ambas sociedades!

Podríamos definir un gobierno como la junta directiva de una sociedad. Traigamos a mente la sociedad comercial e industrial. Esta junta directiva o gobierno de la sociedad es elegida libremente y por mayoría de votos por los miembros que componen la sociedad para ejercer ese gobierno según normas directivas fijadas por la misma.

Por nuestra escasa evolución, o más bien, por falta de evolución, estos gobiernos se convierten, en el ejercicio de sus funciones, en arbitrarios ejecutores de caprichosas doctrinas y forjadores de patrimonios ideológicos y materiales, netamente particulares o de un sector de la misma sociedad.

¿Qué sucedería en una sociedad comercial o industrial si su directiva hiciera converger en su exclusivo provecho los beneficios comunes y trocara las normas directivas en medio para alcanzarlos? Sencillamente sería destituida, o, en el peor de los casos, cada socio perjudicado retiraría su voto y su capital. Pero los gobiernos de las sociedades políticas cuentan con un poderoso medio para el sostenimiento de su arbitrariedad y ese medio lo constituye el poder ejecutivo, de modo que los socios perjudicados se encuentran en forzada obligación de soportar esa imposición contra sus intereses y, más aún, son coaccionados a más sacrificios para el sostenimiento de esa rueda burocrática, que por lo general, nunca dejará escapar el centro de los radios de su circunferencia.

No todos los gobiernos pueden ser catalogados en esta esfera, pero en las circunstancias históricas actuales de nuestro planeta el noventa por ciento de la humanidad es víctima de este desequilibrio y forzada bajo el peso de un yugo absurdo. Hay desde luego sociedades o naciones con gobiernos buenos, pero, si promediamos éstas con el total de la población terrestre, el panorama, lo repetimos, es caótico y encontramos la humanidad más esclava que nunca.

Es asimismo ridículo creer perfecto un gobierno por el simple hecho de calificarse república democrática. Reino, imperio o república, nada modificará su realidad de proceso. Tendremos más bien que marcar la circunstancia que los más democráticos de los gobiernos actuales son precisamente los monárquicos, presididos por individuos de alta capacidad moral e intelectual que moderan la cosa pública dentro del marco de sabias constituciones.

¿Qué más da que se nombre presidente el jefe de un gobierno, si manipula un poder legislativo a su antojo, si el nombramiento de ministros y funcionarios es de su exclusiva incumbencia y es al mismo tiempo jefe de una facción política? Tendremos como consecuencia no sólo un gobierno arbitrario sino, es muy frecuente, una verdadera tiranía con exclusiva ventaja de un clan privilegiado y con perjuicio de la voluntad, libertad, aspiraciones e intereses de la gran mayoría. ¿Y por qué cerrar los ojos a la realidad? ¿No es acaso este el estado en que se ve postrada la inmensa mayoría de la humanidad?

La misma existencia de partidos políticos en una nación poco remediará la situación, si no la empeora, como en la mayoría de los casos sucede. Partido es participio pasado del verbo partir que es sinónimo de dividir; la división es el mejor recurso para dominar (*divide et impera*), jamás para lograr armonía. A menos que los partidos no consistan más que en diferencia de método, con identidad de principios y fines, como observamos, por ejemplo, en Estados Unidos. Mas ésta es una excepción honrosa pero rara.

Mucho menos queremos hacer referencias ni mancillar nuestra historia con los horrores que representa para nuestro planeta la más abominable de las doctrinas que sirve para una nación de medio sojuzgación para el dominio y la esclavitud.

La doctrina ha de estar al servicio del hombre y no el hombre al servicio de la doctrina. Cuando una doctrina pretende el logro de la libertad con el sacrificio de la misma libertad e inmolando millones de seres a la idea, tendremos el monstruo más abominable en la historia de nuestra cultura, el símbolo de la degeneración del espíritu.

Y queremos aquí hacer reflexiones que deben grabarse en las conciencias de los seres y las naciones que aun no han sufrido la influencia

nefasta de esta hoz segadora de espíritus y de cuerpos. No podemos contemplar las cadenas de los hermanos sin hacer un esfuerzo para quebrantar sus eslabones. La Tierra es nuestra patria común. Un mismo espíritu nos anima, un mismo cielo nos cobija. La indiferencia de este momento crucial será un crimen ante la historia.

Es nuestro deber influir con cuanto esté a nuestro alcance para rescatar de la esclavitud a los hermanos. No será la violencia el medio indicado pero sí debemos violentar todos los recursos morales y si las cadenas sudan sangre, con sangre fundamos su acero. Esta responsabilidad histórica no es exclusiva de las naciones poderosas, es responsabilidad de todos.

No debemos limitarnos a la admiración de la gran potencia americana la cual aceptando su responsabilidad, que con la dádiva de mayores recursos le ha impuesto el Todopoderoso, vierte aceite en las heridas y tiende a la desgracia su mano robusta.

Téngase presente que la inactividad en la tormenta arrastra a la vorágine.

Aun en los casos de los gobiernos mejores, forman éstos una carga tan pesada que el solo sostenimiento de su rueda burocrática absorbe la mayoría de la actividad de sus miembros; y lo repetimos, no importa el sistema de ese gobierno, pues si en otras épocas se estimaba excesivo el costo de un rey, ciertos sistemas republicanos contribuyen prácticamente a la creación de muchos reyes.

En nuestros sistemas sociales las libertades personales son coartadas de muchas maneras, aún refiriéndonos a las sociedades mejores, propiciando siempre un campo desmesurado al predominio de unos en perjuicio de otros.

Si contemplamos las cosas internacionalmente y con extensión de tiempo el panorama es exageradamente triste. Lo que siempre ha absorbido las actividades humanas ha sido la lucha incesante de unos contra otros, inspirada por el odio, el egoísmo y la soberbia. Este empeño constante del hombre en eliminarse y coartarse mutuamente lo ha detenido en su progreso moral, cultural y material. Los más grandes caudales humanos, contemplados bajo todos sus aspectos, han sido invertidos, siempre, para el logro de una mutua destrucción, y, hoy más que nunca, los mayores valores humanos, intelectuales, morales y materiales van siempre empeñados en la defensa o la agresión.

Motivos: el egoísmo. Pretextos: la insensatez más ridícula, las arbitrarias líneas fronterizas, creadas con sangre, guardadas con sangre y hechas de sangre.

¿Cómo puede concebirse sino por mentes enfermas que un territorio inmenso, rico y feraz deba ser exclusivo de un puñado de seres aunque lo dejen inculto y desierto, mientras otra porción mucho mayor de la humanidad se debate hambrienta en un suelo reducido, pobre e ingrato? Derribemos esos estacados infames con el hacha de la cordura. Si por la estrechez de nuestros espíritus es esto imposible, yérgase un César, surja un Bolívar, temple Dios una espada y con látigos divinos fulmine otro Cristo a los profanadores del templo de la Tierra.

Cúmplase la profecía del Galileo y los sueños del Dante: un solo rebaño y un solo pastor en una sola comunidad terrestre.

Figurémonos una sociedad comercial con fines y estatutos bien definidos pero en cuyo seno surja un cisma que induzca a la creación de distintas directivas. Surgirá entre una facción y otra la pugna de intereses. Desmembrado el caudal común, opuestos los métodos, malversados los beneficios, el destino de la sociedad será obvio: el fracaso, o, cuando menos, el estancamiento de sus actividades. Y este ejemplo es el único paralelo aplicable a la situación actual de la sociedad humana.

Sería, sin embargo, incompleta nuestra apreciación si no hiciéramos constar que en medio de este lúgubre panorama brillan muchas y honrosas excepciones.

No quisiéramos ser tildados de pesimistas por estas apreciaciones. Es precisamente por la seguridad del triunfo de la justicia en la Tierra que queremos enmarcar sus sombras oscuras.

En medio de la ambición, el egoísmo y el error brillan tantas luces de esperanza que prometen cual auroras el despuntar del nuevo sol. La humanidad ha demostrado suficiente capacidad de verdadera sublimación y han sido tales y tantos los pioneros del gran día que la victoria del espíritu será brillante e incontenible realidad.

Los marcianos no conocen nuestros sistemas de gobierno, y, para ser más exactos, no tienen gobierno. No existen en Marte divisiones territoriales, por tanto, ni políticas ni religiosas.

Su perfección cívica podría compararse únicamente y por curiosa paradoja, con el sistema de convivencia de algunas de nuestras tribus salvajes. El derecho privado, el respeto al derecho ajeno y las normas más elementales

del derecho natural son innatas y, por lo visto, jamás necesitaron de códigos legislativos, judiciales ni penales. Su conducta es natural.

Representa, lo que nosotros diríamos la jefatura del planeta, un triunvirato compuesto por tres personas que reciben el título de NOSE, cuya versión literal sería: MODERADOR. No goza propiamente, este triunvirato, del derecho de jurisdicción, sino más bien del privilegio de preferencia. Los tres cargos son vitalicios y son otorgados cada uno por voto unánime al habitante de más prestancia por méritos personales en su respectiva esfera: LOGARE, SUNINA, SARINU.

Estas tres personas: el mejor organizador, el más bueno y el más sabio del planeta, son al mismo tiempo, y en casos de emergencia, legisladores y jueces.

Los principales núcleos poblados son asimismo presididos por triunviratos locales, con las mismas atribuciones y con subordinación al supremo triunvirato, que reside en TANIO, la capital. Estos triunviratos no gozan de sueldos especiales sino que participan del aporte general para el fomento de la investigación y la industria, cuyo centro principal es siempre la capital.

Los adelantos científicos son comunicados a todos y todos participan de sus beneficios prácticos de modo que el estándar de vida en Marte es casi igual para todos sus habitantes.

No existe ejército, ni policía ni sistema carcelario. El comisor de cualquier falta en contravención a las leyes positivas y sociales sería considerado como un enfermo que sufriría inmediatamente las consecuencias de la reacción general. Los mayores aportes de la grandiosa reforma Dani fueron precisamente en este campo. Desde hace dos mil años el individuo que

hubiera dado muestras de desequilibrio moral era aislado inmediatamente y privado del derecho y luso del matrimonio.

Recordemos el aislamiento de que aun hoy son víctimas los enfermos de lepra. En pocos siglos la sociedad pudo apreciar los efectos de una depuración total.

Estas normas de conducta y justicia social eran practicadas desde antes de la restauración de Dani cuya actuación fue casi contemporánea a la aparición de Cristo en la Tierra, pero desde entonces fueron escrupulosamente observadas.

No había para ello ningún sistema represivo. El culpable se veía aislado por la natural repulsa de sus vecinos y con mayor razón de la mujer que de ningún modo habría permitido comercio con él y, si era esposa, se sentía en la obligación de abandonarlo, reduciéndose bajo la tutela de su familia.

Un solo caso refiérese, que quedó célebre en los anales de la historia de Marte, y que se recuerda con rasgos de leyenda.

¿ADAN Y EVA?

Hubo un hombre, hace de esto unos cinco mil años, oriundo de la parte Occidental del planeta y que había logrado sobreponerse a los habitantes de la región. Era bueno, sobresalía por su inteligencia y espíritu organizador. No tardó sin embargo en exhibir ciertas pretensiones, discordantes, muestra clara de un espíritu de complacencia y soberbia. Poco faltó se llegara a un verdadero cisma.

Privado de la esposa no se amilanó; el caso produjo revuelo en todo el planeta y se convirtió en problema general. La situación llegó al clímax cuando, tras el abandono de su esposa logró seducir a otra mujer. El escándalo general indujo inmediatamente a una medida extrema; es el destierro del planeta. Y la pareja fue transportada a la Tierra.

¿Adán y Eva? Dejamos a nuestros lectores las conjeturas.

¡Qué errada es la concepción que en la Tierra nos hemos formado del habitante de Marte! El ser destructor, que posee armas horribles desintegradoras y mortíferas dispuesto a sembrar estragos y muerte, cuya invasión creemos inminente.

Es cierto que todo eso podría hacerlo; dispone de medios sencillísimos para ello; podría fulminar la Tierra con horribles tormentas eléctricas, provocar un diluvio e inclusive una erupción volcánica, pero la concepción de estas ideas no son más que engendro de la mala levadura de nuestras ambiciones; el temor a eso o el subconsciente deseo de verificarlo nosotros. El marciano es cosa muy distinta física y moralmente: es un ser sobrio, sano,

cuya principal ambición es la dedicación casi mística a la investigación científica y cuya principal satisfacción es el conocimiento cada día más perfecto de la naturaleza. Ese progresivo contacto e intimidad con las leyes universales le proporcionan la más íntima satisfacción de vivir.

Nuestro sistema de vida, el horroroso torbellino de agitación, ruido y movimiento, el miedo constante al fracaso y al desastre, la aniquiladora tensión nerviosa que forman nuestro ordinario medio de vida en la Tierra, son cosas ya pasadas a la historia en Marte. Su vida se ha simplificado y el goce de ella es pleno.

Es una cosa un poco difícil para nosotros imaginar siquiera una felicidad semejante, que es sin embargo la única y verdadera felicidad cumplida. Sabe algo de esto el agricultor que contempla su tierra brindarle una abundante cosecha; el cirujano, el jurisconsulto tras un éxito sonado; el inventor que ve cristalizado un importante hallazgo y el asceta que disfruta de la íntima comunicación con Dios.

Una de las razones por las que la humanidad sufre en la actualidad el mayor desequilibrio de su historia es la inestabilidad de que padece; inestabilidad política, religiosa, social y moral. Esta inestabilidad ha lanzado naciones, sociedades e individuos a una loca carrera de competencia en todos los campos de la posibilidad humana, por la conquista de adeptos, por el dominio de mercados, por la supremacía de un capital.

Para afirmar esas conquistas hay que sacrificar el noventa por ciento de actividades y energías a una guerra psicológica de nervios, a la defensa o a la agresión bajo mil aspectos. En la Tierra vivimos precisamente el peor momento de toda nuestra historia; una lucha histérica por la existencia ante el espectro constante de la derrota y de la muerte.

No contribuimos al bienestar general, luchamos fanáticamente para explotar y eliminar al vecino de la contienda, en el campo científico, cultural, comercial e industrial y ese campo de batalla se convierte con frecuencia en orgía sangrienta. Porque no nos conformamos con el bienestar de la vida; cada uno quiere supremacía absoluta; queremos más aunque para lograrlo haya que despojar del uno a los demás. Hemos llegado a tal extremo que la lucha se ha extendido, y con verdadero fanatismo, al campo moral y religioso en una verdadera batalla de nervios para imponer el predominio de la propia concepción de la divinidad.

Este caos es el fruto de la inestabilidad general de que está impregnada nuestra atmósfera; y toda la situación puede resumirse en una sola palabra trágica: MIEDO.

LA MUJER

La mujer en Marte desempeña un papel de elevada importancia y esencial influencia social. Pero como un estudio más detenido será tratado en otro volumen, proyectaremos aquí su figura a grandes rasgos generales.

Aun en su aspecto físico la mujer es objeto de un diligente cuidado que la ha convertido en un ser agradabilísimo y sumamente eficiente para el desempeño de su triple cometido, de esposa, de madre y maestra. Este empeño constante a través de los siglos ha acumulado en esta adorable criatura todos los encantos naturales, realzados por el desarrollo en alto grado de todas las cualidades estéticas, de espíritu y de mente, tan propias del sexo.

Todo lo que nosotros abarcamos con el calificativo de bellas artes, constituye su dote especial. La música, la poesía, la pintura, la literatura, son el patrimonio especial de la mujer marciana, mientras el hombre se entrega al escrutinio de los secretos naturales, físicos y metafísicos.

En Marte no existe la enseñanza pública. La enseñanza y educación del hijo son exclusiva incumbencia del hogar y preponderantemente de la madre, la cual está capacitada en alto grado para ello. Sigue luego la extensión y complemento de la instrucción individual, física y metafísica, la que se completa en los públicos centros de investigación en los que se desarrollan prácticamente los conocimientos científicos superiores en una extensa variedad de formas.

Hacemos constar aquí que una de las ciencias más profundamente investigadas es la medicina, particularmente en lo que se refiere al estudio y conocimiento del cerebro humano.

Cada mujer en Marte es una Cornelia romana; por eso sus habitantes que absorben el corazón materno moral, ciencia y religión, son individuos de

índole sana, estable, de principios profundos y arraigados sentimientos religiosos.

En Marte es completo el equilibrio de los nacimientos y con el auxilio de los asombrosos adelantos científicos de la medicina se mantiene proporción adecuada entre varones y hembras. Este es uno de los principales factores en el mantenimiento de un orden social perfecto.

Cada mujer es iniciada desde la cuna para su futura sublime misión de esposa y de madre. El futuro matrimonio con frecuencia viene designado por los padres desde la infancia de los contrayentes, dándose a conocer a la edad conveniente. Antes del matrimonio el trato social fuera del hogar es casi nulo pero si se vienen estrechando relaciones entre los dos hogares que más tarde han de unirse en parentesco.

Nos ha de parecer extraño este sistema social, pero son imponderables las ventajas que ofrece.

En la Tierra estamos actualmente asistiendo impasibles al desarrollo de un fenómeno que traerá las más nefastas consecuencias; y, para decirlo en términos claros, estamos asistiendo impasibles al proceso rápido de prostitución de la mujer. Entendemos por prostitución el trastorno total de las características que constituyen precisamente la esencia femenina con sus prerrogativas inherentes que son primariamente las de esposa, madre y custodio del hogar.

Este proceso marcha en rápida aceleración por las diversas circunstancias que acentúan aun más el enorme desequilibrio humano.

Este trastorno arraiga ante todo en la desproporción entre uno y otro sexo, siempre más acentuado por los efectos de las guerras que siegan enormes cantidades de vidas varoniles y las que precisamente son más necesarias para la compensación sexual de la sociedad. Muchos otros factores contemporáneos contribuyen a debilitar la constitución masculina dando por lo mismo, aun en la concepción maternal, preponderancia al sexo femenino. La decadencia de responsabilidad en el hombre por el debilitamiento de la moral y relajación de los principios religiosos aporta un factor aun más agravante en este proceso.

Un número cada día más considerable de mujeres, privadas del apoyo del varón o de la estabilidad de ese apoyo, se ven en la necesidad de hacer frente solas a las exigencias materiales de la vida, con enorme perjuicio de la responsabilidad maternal. Obligadas necesariamente a buscar una base individual de subsistencia tienen qué invalidar el campo del varón en la competencia profesional con menoscabo cada día mayor de su aptitud para el verdadero cometido de su vida, la maternidad.

Las leyes sociales deberían intervenir en la solución de estos problemas, que son desde luego los más trascendentales, problemas que irresueltos, pueden conducir a consecuencias de desequilibrio moral e inestabilidad social de muy difícil remedio.

Se incuban males tan grandes que conducirán, no a una situación crítica sino a un verdadero cataclismo social. Pero estas leyes sociales, en la mayoría de naciones, descuidan en absoluto el problema y agravan la situación con disposiciones que vienen a dar cada día margen mayor a la divulgación de la epidemia.

En lugar de consagrar cada día más el vínculo matrimonial, se aflojan sus lazos con gravísimo daño social y grave perjuicio del hogar; multiplicase

así el desenfreno y se acentúa el descuido del deber de la educación de la prole, fin primaria de la procreación. Estas leyes, en lugar de colocar diques, ensanchan brechas para la difusión de un mal que ya de por sí, por el instinto natural y las bajas inclinaciones, tiende a propagarse con alarmante expansión.

Tengamos presente que el progreso material sin sólida base moral no es más que un suicidio para la sociedad.

La familia es la base de la sociedad, es la célula vital por la cual tiene razón de ser el organismo social. La desintegración de la familia conducirá forzosamente a la desintegración social.

Sin esta unión moral colocamos bases muy resbaladizas a nuestro progreso y a la marcha hacia la conquista del bienestar. Sin unión en la familia, menos podrá haberla en la sociedad y por ende mucho menos en las naciones. Sin el calor moral de un sano hogar las virtudes cívicas serán un mito y los tesoros de la ciencia física no serán medios de bienestar sino armas de destrucción.

Los marcianos, por las observaciones hechas entre nosotros, tienen un concepto muy cabal de nuestra situación; conocen nuestros esfuerzos, valoran los progresos realizados, pero aprecian muy bien los peligros que esto encierra para nosotros.

Todo adelanto entraña un peligro en la Tierra: nuestro depravado instinto nos induce a convertir en arma cuando llega a nuestro alcance, y toda arma a nuestro alcance es instrumento de ofensa, defensa o suicidio. En todo caso constituirá siempre un peligro y un obstáculo más para el verdadero bienestar de la humanidad.

Su verdadero propósito al visitar la Tierra es el de aprender todo cuanto nosotros pudiéramos enseñarles y participarnos cuanto saben. Pero de lo primero nada puede serles útil, y si lo segundo se efectuara constituiría

ciertamente un obstáculo más para nosotros y un verdadero peligro para ellos mismos. La intercomunicación entre ambos planetas la juzgan imposible aún. Los terrícolas seríamos una amenaza en Marte por nuestra inestabilidad moral.

Toda evolución material debe tener por base y cimiento la evolución espiritual. En Marte el progreso material eleva más y más los valores del espíritu. En la Tierra el adelanto material ahoga el espíritu. Todo avance del progreso es para nosotros un nuevo altar a Satanás y otro calvario para Cristo; un nuevo templo en Babilonia y otra cruz en Jerusalén.

¡Esposa y madre! Son y serán siempre los símbolos del amor y del espíritu; fuentes puras de elevación espiritual, de goces íntimos. Empañados estos símbolos, enturbiadas esas fuentes, la felicidad verdadera, la paz de la humanidad habrá capitulado bajo los escombros de la materia descompuesta.

Es ciertamente impresionante y digno de admiración el logro del ingenio humano: Sus fábricas gigantescas, las máquinas poderosas que transforman la superficie de la Tierra y escudriñan sus entrañas; las gigantescas unidades que cruzan sus mares y surcan sus cielos; pero es triste contemplar, paralelamente, la desintegración del hogar y el abandono de los templos. Por eso sus fábricas volverán a producir nuevamente y con febril actividad la infernal maquinaria bélica; por eso sus cielos, sus mares y continentes volverán a ser cruzados por los horrores de la destrucción y de la muerte; y por sus hermosas carreteras pasarán, cubiertos de oropel, los cadáveres vivos de la humanidad.

Es encomiable el esfuerzo de la Asamblea de las Naciones Unidas, pero sus frutos serán siempre vanos mientras no otorguen en su seno un asiento, el

primer asiento, al único aliado, capaz de iluminar y coordinar, calmar odios y pasiones y unir los espíritus: DIOS.

Falto UNO en la ONU. Sin el voto de este ausente habrá siempre un pase para el mal y un veto para el bien. Y el edificio humano que se pretende construir terminará en fatídica torre de Babel.

MEDICINA

No es imposible resumir siquiera en estas páginas todo cuanto respecto a la medicina pudimos observar en el planeta.

Hacemos constar previamente que los tiempos de efervescencia en esta materia ya han pasado, pues siempre en Marte y muy especialmente a raíz de la gran reforma, el empeño general se había concentrado en la medicina preventiva, emprendiéndose un plan a desarrollarse por siglos, de modo que últimamente su práctica está encaminada casi totalmente al perfeccionamiento del físico humano. Volveremos a recalcar que en Marte siempre se consideró el cuerpo humano como templo o receptáculo del espíritu que lo anima, así que la medicina en sus procesos no prescindió jamás de esa relación.

Como además de difícil habría sido infructuoso el exterminio de ciertos males sin prevenirlos, se estableció como punto de partida la norma general por la cual sería vedado el uso del matrimonio procreativo a todos los afectados por alguna tara física o moral. Esta norma, aceptada por todos y rigurosamente observada tuvo alcances para nosotros incalculables. Se obtuvo como resultado al cabo de pocas generaciones, una estirpe de individuos sanos, fuertes y equilibrados física y moralmente. Se llegó casi a la eliminación de la mortandad juvenil y a un aumento siempre progresivo en el promedio de vida.

La edad media en el planeta alcanza un promedio de noventa años, pasando de los cien un treinta por ciento de la población y no llegan a un veinte por ciento los que no alcanzan los ochenta.

No divagaremos exponiendo aquí una serie de consideraciones abstractas, pero compararemos, a esa luz, nuestro estado actual en la Tierra. Nuestra medicina ha hecho verdaderos prodigios de adelanto, pero estamos

echando agua en un pozo de arena. Nosotros imitamos en algo a los marcianos en la selección de nuestro ganado, de nuestros caballos, con nuestras razas perrunas, con nuestros gallineros, pero poco nos preocupamos del origen de nuestros hijos. Mas aún; con el fomento de la prostitución colócase el germen de la vida al capricho de seres pervertidos tarados, llegándose al colme de proporcionar medios de procreación a seres indignos, criminales desnaturalizados, a quienes se proporcionan, sin ninguna precaución, en los establecimientos punitivos, mujeres, indignas bajo todo aspecto de ser madres. Propágase así la mala semilla que propende generalmente a divulgarse más que la buena, la cual se ve también afectada con la siempre creciente prostitución del matrimonio.

Y huelgan ulteriores comentarios.

Pero donde el marciano ha logrado prodigios asombrosos es en el estudio del cerebro humano, en el cual la cirugía marciana ha venido interviniendo desde hace siglos para corregir anormalidades, aumentar su eficacia y perfeccionar funciones.

Dejemos para el segundo tomo de esta obra un tratado extenso sobre este tema.

RELIGIÓN

La religión ha sido siempre la base de toda sociedad y la piedra angular de toda civilización. No conocemos región, sociedad ni tribu, por salvaje que sea, que no haya surgido, que no se haya solidificado alrededor de un templo.

Sean cuales fueren las manifestaciones de la idea, la existencia de un ser supremo, de una causa absoluta han imbuido siempre la conciencia y han informado la vida y el desarrollo de toda sociedad humana, fuere cual fuere su grado de evolución.

El dominio de la materia y el más amplio conocimiento de la naturaleza han producido distintas repercusiones en la idea universal de la divinidad. Los espíritus más elevados se han afirmado más y más en la creencia de Dios, sublimándose en la concepción siempre más elevada de la máxima causa de todas las causas. Los espíritus débiles y apocados, que han sido dotados por madre naturaleza de un solo talento, han zozobrado ante la idea de Dios, esforzándose por colocarse a sí mismos en su lugar o colocar en él mismo a la materia.

Lo que decimos de los individuos aplícase exactamente a las sociedades. Tanto más se ha elevado una nación cuanto más luz y fuerza ha sabido aprovechar de esa verdad. Tanto más rápido ha declinado cuanto más se ha alejado de la égida segura de esa verdad, de la sombra del templo, sellando su ruina total con la práctica negación de Dios.

Figurémonos hallarnos a bordo de la unidad de un tren. Si ocupamos el primer coche de carga no nos atreveríamos a negar la existencia de la locomotora al frente, porque percibimos su ruido; sería sin embargo absurdo negarla sólo porque ocupamos uno de sus últimos coches, provisto de confort y alejado del ruido y emanaciones directas de la máquina. Los individuos y

sociedades que pretenden negar la existencia y efectividad de la locomotora; son como el coche que se desengancha de ella; quedará inmovilizado en el camino férreo y al llegar otro convoy será embestido y arrojado de la vía.

La historia nos muestra el surgimiento de naciones que se encumbran hasta el predominio de la Tierra, para desintegrarse luego en la confusión y ser reducida a esclavas por otras que describirán en el tiempo la misma parábola. La causa y cimiento de esa grandeza es siempre un templo y su tumba definitiva la negación de Dios.

La filosofía y la ciencia en Marte descienden siempre de la causa primera, que al desentrañarse en mil efectos se ilumina de mayor claridad. En la Tierra procedemos con dificultad a la inversa, con la tendencia a limitar la causa a un efecto, hasta el absurdo de rendir tributo a la materia bruta como a máximo principio. De ahí nuestros desvaríos, nuestras capitulaciones en el campo de la investigación; de ahí los abortos y monstruos de la inteligencia, los ateos y libres pensadores, para quienes el molde de la verdad y de la realidad de las cosas es el molde de sus dos libras de sesos.

¿Qué y quién es el Dios de los marcianos?

La concepción de Dios no puede ser más que una, la que Él ha dado de sí mismo, al más religioso de los sabios, Moisés: *“Soy el que soy”* y la que de Él ha dado el más sabio de los paganos Cicerón: *“Causa Causarum”*. Dios es la causa de las causas.

El doctor sacerdote Zanella, desde que puso pie en el planeta se entregó a una seria investigación sobre los fundamentos y teorías religiosas de los marcianos y está concluyendo un detallado informe al respecto. Sólo condensaremos aquí brevemente la argumentación expuesta por el religioso marciano que había sido comisionado para nuestro acompañamiento.

Nos vemos rodeados de tantas cosas de las cuales es difícil el entendimiento, que debemos forzosamente admirarlas sin comprenderlas. Sin embargo, si razonamos con un poco de filosofía, o sin tan sólo reflexionamos un poco seriamente, veremos que todo en nuestro derredor evoluciona y cambia. Todo cuanto muda ha tenido principio y tiene fin. Nada de cuanto tiene principio y fin puede haber principiado sin una causa externa, la causa prima, que debe ser inmutable, o sea, sin principio ni fin.

Esta causa es infinitamente activa, la manifestación de su actividad es extrínseca, causa de otras, principio y por ende, fin de otras causas y motivo de ser de otros principios. Dios es la causa primaria de todo cuando es o existe, es el principio y el motivo del principiar de todas las cosas, con mayor razón y más directamente del ser racional que más que todas las cosas se le asemeja, y, único entre todas, lo reconoce y participa en mayor grado de su esencia.

Esta causa suprema, dice el marciano, es lo que nosotros llamamos “SUNI”, Dios.

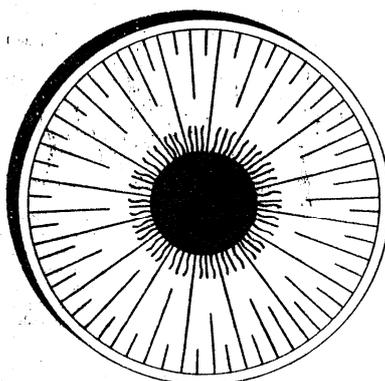
Dios no vive, Dios es. Todo cuanto vive, nace, se muda y muere. Dios no ha tenido principio porque dejaría de ser principio; Dios no muda porque es principio eterno; Dios no muere porque nunca ha comenzado a existir. Todo existe por Él, con Él y en Él. Dios lo es todo. Ante Él nada vale algo, es lo mismo nada que todo; Él vale por todo y todo vale sólo por Él.

Todo ser inteligente, todo investigador de la naturaleza y de sus leyes debe partir del principio de que todo efecto tiene su causa y que todas las causas tienen un solo fin que es la misma causa suprema.

Al descender de la causa al efecto o al ascender del efecto a la causa es preciso tener siempre presente el fin de ambos, que da a ambos su razón de ser.

Sin el conocimiento de la existencia de Dios y sin su reconocimiento, todo el edificio científico se desploma. El culto y reconocimiento de Dios en Marte son absolutos.

La manifestación de ese culto es tan sencilla y espontánea como general. El símbolo más común de la divinidad en Marte es una circunferencia (el universo) con un núcleo central de oro (Dios). Del núcleo se derraman rayos luminosos hacia la circunferencia (como efecto que emana la causa); de la circunferencia retornan al centro como radios convergentes. Dios suprema causa de todo, a quien todo converge como a único fin.



El símbolo más común de la divinidad en Marte. Un disco de oro con un núcleo central resultante. De la circunferencia parten rayos luminosos que convergen como radios al centro.

Este símbolo campea como escudo distintivo en todos los edificios públicos y privados; es el signo sagrado de todos los habitantes del planeta. En

todos los núcleos más importantes de población se eleva un templo, de forma esférica, que culmina en el símbolo sagrado.

Una vez al año se celebra con imponente magnificencia la fiesta en honor, adoración y gratitud a Sundi; con ritos especiales en la capital. Todos los nacimientos, matrimonios y defunciones son conmemorados a la sombra de los templos con ceremonias especiales.

Pero todos los detalles al respecto, ritos y organización religiosa serán ampliamente referidos por Zanella en su libro. Un solo detalle no podemos dejar de recordar aquí: La muerte en Marte no reviste el carácter trágico que reviste en la Tierra.

Los marcianos no han recibido la visita de Jesucristo; pero la veneración y culto a la memoria del gran restaurador Dani, que coincide precisamente con la aparición de Cristo en la Tierra, nos hace conjeturar con fundamento que todos los astros y planetas habitados hayan recibido contemporáneamente una embajada extraordinaria, con una misión adecuada a las condiciones y circunstancias de cada uno.

NOSOTROS Y MARTE

Nuestra misión llegaba a su término

Teníamos ya conceptos claros sobre el planeta amigo, pero sobre todo de sus habitantes. Habíamos completado, comparativamente, una concepción más exacta de los habitantes de la Tierra y de sus sistemas. Habíamos estrechado una alianza de sincera amistad y franca relación con los marcianos que ya está incubando gérmenes de enormes esperanzas para nosotros. Habíamos realizado el experimento científico más anhelado con un éxito que ni siquiera sospechábamos. El viaje interplanetario por la energía solar era una realidad.

El problema de la falta de medios atmosféricos para alejarnos de la Tierra era un mito. La atmósfera es indispensable para nuestros medios mecánicos; para las naves energéticas la atmósfera es un estorbo. Su medio natural es el vacío sideral. En estas naves las aplicaciones mecánicas son necesarias para accionar en la atmósfera.

El mundo es más grande y más agradable de lo que suponíamos. Todos los habitantes del universo están dotados de inteligencia igual que la nuestra. Nos convencimos que no somos los mejores, pero las esperanzas que iluminan nuestro planeta son halagadoras y las fuerzas del bien, lo declaramos enfáticamente, son superiores. Las negras manchas que obscurecen el panorama terrestre ya no han de sernos tan temibles y se disiparán pronto.

No está lejano el día en que desaparezcan las mezquinas fronteras que fraccionan nuestro planeta. Está cercano el día en que se unirán inteligencias y voluntades en un solo bloque de incontenible pujanza que arrollará las fuerzas negativas de egoísmos y de odios.

El sueño acariciado por miles de años está por convertirse en espléndida realidad. Tierra, cielo y felicidad para todos.

Sirvan nuestras grandiosas experiencias como mensaje de aliento para todos; sirvan de reproche a las inteligencias que dedican sus ciudades a la criminal empresa de la guerra. Sirvan de aliento a los grandes que se esfuerzan por la paz.

Tenemos en los marcianos aliados poderosos. No podemos contar aun con su ayuda directa mientras no aumente en la Tierra el número de los cuerdos. Sin embargo, lo sabemos y lo saben los marcianos que los faltos de cordura no representan a los habitantes de la Tierra.

En la Tierra todos anhelan la paz. Los que imponen el yugo más absurdo jamás registrado en la historia de la humanidad son unos pocos insensatos; las víctimas de ese yugo son millones. Si ese yugo aun subsiste es porque lo llevan sus víctimas, obligadas por la fuerza bruta, lo aceptan por miedo o por cobardía.

Todas las naciones desean la paz. Bien sabemos quienes discordan. Sentimos por los sabios que obligados dedican a esa causa sus esfuerzos; sentimos por los humildes que sufren el yugo; sentimos por los ignorantes que creen a la mentira. Pero recordamos aquí que la paz ha sido prometida a los de buena voluntad, no a los perversos ni a los cobardes. Si esos conculcadores del espíritu quieren la guerra, estamos prontos al reto con la certeza de la victoria. No nos amedrentan sus alardes. La bandera negra fue hecha jirones y la bandera roja será ahogada con sangre si fuere necesario, y con la sangre de sus mismas víctimas.

No han de hacerse ilusiones en el mito absurdo de un poderío atómico. Ese poderío es ridículo.

Escuchad y reflexionad bien: Existen contra vosotros tres factores de una potencia indestructible y armas que no soñáis: Las aspiraciones de la humanidad, el Dios que os condena y la amistad de los astros. Son hoy vuestras ambiciones el único obstáculo para el bienestar del mundo; pero aprended de la historia: El mal puede ganar batallas pero nunca la última. Vosotros sólo creéis en la materia, y como vuestra materia pereceréis putrefactos. Nosotros creemos en el espíritu, y como el espíritu nuestras ideas serán inmortales.

Arrojad, esclavos, las armas a los pies de vuestros tiranos, haced con ellas una pira inmensa y destruidlas con vuestros arsenales atómicos. No más hermanos contra hermanos. Nos ayudarán los cielos a entonar de nuevo los himnos de gloria y de paz.

No son imposibles la paz y la concordia; es el destino de la Tierra. Las grandiosas experiencias probadas en Marte nos han hecho saborear esos frutos. Vale la pena dar por ellos cualquier precio. La unión de todos los pueblos para hacer un solo pueblo debe ser la aspiración de todos los habitantes de la Tierra; el paso entonces de cada uno sobre el planeta no será una pesadilla y el autor del universo nos otorgará la inmortalidad, suprema aspiración del espíritu.

Cada uno de nosotros puso el mayor empeño para recavar el máximo provecho de las observaciones para las cuales estaba comisionado y ya ardíamos en vehementes deseos de retornar a la Tierra para comunicar nuestras halagadoras experiencias.

Los marcianos nos suministraron sin reserva alguna cuanta clase de información deseábamos. Se efectuaron intensas investigaciones experimentales para perfeccionar, con nuestros sistemas, las comunicaciones entre Marte y nuestra base terrestre con el objeto de eliminar las perturbaciones causadas en el campo neutral del espacio, entre los límites de atracción de los dos planetas. Esta dificultad ha llegado casi a su completa solución.

Efectuamos varios vuelos por distintas partes del planeta para reconocer los lugares más importantes y los principales núcleos industriales, tres de los cuales, arraigados en la capital, son verdaderamente gigantescos. La base, centro y objeto primordial de la investigación es la energía solar que se resuelve en un sinnúmero de aplicaciones para todos los usos prácticos.

En sus centros científicos e industriales no existe reserva alguna; todo, hasta el último detalle, está al alcance de todos.

TANIO, LA CAPITAL

Constituyen las viviendas, como ya lo indicamos, casas de un solo piso, elevadas y provistas interiormente de jardines, amplio campo de recreo y ejercicios y de estanques de agua. Figurémonos las antiguas mansiones romanas con terrazas orientales. Una peculiaridad las distingue de todas las construcciones de nuestras ciudades; todas sus ventanas son largas, aproximadamente del ancho de las nuestras, pero, a diferencia de las nuestras, están dispuestas horizontalmente. Siendo amplias las viviendas y reducidas en altura. Tanio, la ciudad capital, ocupa una superficie mayor que la que cubre Londres y Nueva York. Su población asciende a doscientos cincuenta mil habitantes.

La ciudad, de trazo geométrico, da la impresión desde lo alto, de un tablero de ajedrez. Sus cuadras, de más de trescientos metros, terminan cada una en un espacio o parque de espléndidos jardines.

Cruzan la ciudad tres grandes canales que se ensanchan por trechos para formar pequeños lagos de adorno y recreo. Siendo el marciano un apasionado amante de la naturaleza, sus jardines públicos y privados son verdaderos ensueños, en los que, entre el esplendor de perfume y color de flores, se mezclan plantas de exóticos frutos.

Las paredes externas de las casas de la capital y de todo el planeta son construidas de doble muro con vacío interior; detalle que proporciona equilibrio en la temperatura interna, circunstancia muy importante en Marte en donde la diferencia de estaciones es más acentuada que en la Tierra. El primario y principal elemento usado en casi todas las construcciones es una piedra especial que recuerda mucho el travertino tan corriente en las construcciones romanas, pero mucho más liviano y dócil al modelado, piedra

que, por una sencilla elaboración, proporciona el elemento adhesivo, de propiedades semejantes a las de nuestros cementos; pero más liviano que el yeso.

El templo a la divinidad en Tanio es una verdadera maravilla de piedra o mármoles selectos, con preciosas incrustaciones metálicas y derroche de oro. Son asimismo de extraordinario atractivo y arte muchos otros edificios, como el público, que nosotros llamaríamos de gobierno, el edificio central de investigaciones científicas, el de observación sideral, etc.

De la ciudad emana una aureola de paz y de calma que la revisten de un irresistible atractivo. El marciano viaja poco; casi todo el tráfico es aéreo y los vehículos silenciosos. Para quien, como nosotros, no está familiarizado en ella, da la impresión de una ciudad encantada, a pesar de la extraordinaria animación que revistió con motivo de nuestra visita.

El clima en Tanio corresponde a unos 12°. C (doce grados centígrados).

TAGE Y SU HOGAR

Al día siguiente a nuestra llegada fuimos trasladados a la residencia de Tage, a quien fue otorgada justamente la alta distinción de brindarnos la hospitalidad.

Pudimos apreciar, inmediatamente de nuestra llegada, la extraordinaria reputación de que gozaba este hombre en Marte; y nosotros le profesábamos, no sólo estima, sino un afecto inmenso como a padre y maestro, a cuyo nombre y figura todos los habitantes de la Tierra tendrán que rendir igual tributo, como al primer eslabón que hizo posible la unión de los dos mundos.

No entraba en el plan de los marcianos un entendimiento directo con la Tierra, pues por el conocimiento que de nosotros se tenía, era considerado prematuro. Tage decidió y resolvió correr solo la gran aventura que los marcianos aceptaron y aprobaron jubilosos y que la Tierra agradecerá como paso de incalculables alcances y que realizó la pacífica unión de los dos astros.

La estancia en el hogar de Tage ha creado en nosotros la más dulce experiencia de la vida y no podemos aun medir las consecuencias y el desenlace de tan dichosa circunstancia. Además de la esposa y un hijo, adorna el hogar del caudillo una hija, la más adorable de las criaturas, cuyo contacto hirió profundamente el corazón del más joven de nuestros expedicionarios, el sabio y buen francés Lavoisier, cuya admiración por la encantadora DILE, así es su nombre, no pasó desapercibida para el padre, quien manifestó complacencia y beneplácito, hasta infundir en el corazón del buen colega la esperanza de fundir en ella la sangre de los dos planetas con el más extraordinario de los enlaces matrimoniales. Desde entonces nuestro buen francés no tiene sosiego, con su cuerpo en la Tierra, y el alma en Marte,

suspirando por la fecha del próximo viaje en el que se realice probablemente el extraordinario acontecimiento.

IDIOMA

Ya conocemos las características generales del idioma marciano.

Sus vocales son de pronunciación nítida y clara; no existen sonidos nasales ni consonantes fuertes, aspiradas o guturales. En general suena musical con bastantes inflexiones de voz, sobre todo en períodos largos. Como ya lo indicamos, en su pronunciación tiene mucha semejanza con nuestras lenguas neolatinas. En lo demás, particularmente en su gramática, difiere mucho de cualquier idioma terrestre.

La gran mayoría de palabras son bisílabas; las trisílabas son muy pocas, en su mayoría técnicas y científicas; reducidísimo el número de las agudas.

El idioma es rico en obras literarias, con predominio del carácter científico, técnico y moral. Abundan las obras de género histórico; el género novelesco, en cambio, tal como nosotros lo conocemos, es desconocido. Las obras de carácter bibliográfico son numerosísimas y cada familia lleva, como en libro de bitácora, toda la historia de familia, constituyendo en muchos casos verdaderas obras de arte.

Predomina en el género literario la producción de la mujer que, como hemos visto, es persona de alto nivel cultural y vasta ilustración.

Nos es imposible esbozar aquí un panorama, vago siquiera, de la literatura marciana, porque nosotros tampoco pudimos abarcarlo suficientemente. Jamás hubo necesidad en Marte de proclamar nuestra decantada libertad de pensamiento hablado ni escrito, porque jamás hubo necesidad de limitarlo.

Incurrimos en la Tierra en absurdas contradicciones y anacronismos inconcebibles. Una de las libertades más reclamadas en la Tierra es la libertad de prensa, pero, ¿qué entendemos por esa libertad? En Marte a nadie se le

Principales acepciones marcianas usadas en el curso de este libro y su significado:

	PRONUNCIACIÓN	SIGNIFICADO
Πουα...	Loga	Marte
Δουη...	Dogue	Tierra
Π-τη...	Minu	Luna
Κω...	Tage	(Nombre propio)
Καπ-ο...	Tanio	(Capital de Marte)
Δ-η...	Dile	(Nombre de mujer)
Δογ...	Sori	(Satélite de Marte)
Πουοα...	Logare	(Jefe político)
Δογ-τη...	Sarinu	(Jefe cultural)
Δηη-το...	Sunina	(Jefe religioso)
Πω...	Nose	(Moderador, gobernador)
Δηη...	Sundi	Dios
Δηη...	Suni	Sol
Ληη...	Cuni	Alianza

REGRESO

Otros pormenores y detalles interesantes serán dados a conocer sucesivamente.

Ya nuestras naves estaban listas para transportarnos a la Tierra y en este viaje seríamos nuevamente acompañados por otras seis naves marcianas, capitaneadas por el mismo Tage en quien nuestra confianza era ilimitada. Cada nave marciana llevaría a bordo seis tripulantes, uniéndose otros tres para cada una de las nuestras. Estos tripulantes marcianos, cuarenta y cinco en total, eran, excepto cinco nuevos, los mismos que habían efectuado el viaje anterior.

Se trasladaban hoy a la Tierra con nosotros, dos eminentes especialistas en asuntos religiosos. Les había interesado vivamente cuanto sobre religión les relatara nuestro sacerdote, sobre todo lo referente a la misión de Cristo, la doctrina y organización de la Iglesia. Estaba en su programa una visita a Roma; por la preponderante influencia de su historia y por ser cabeza de la religión, proyectándose para el año 1060 una visita al Papa, para presentarle en un volumen, que sería redactado especialmente, la doctrina, moral y principios religiosos de su planeta.

La demora de la presente misión en la Tierra sería de once días, debiéndose efectuar el regreso a Marte el día dos de noviembre. Catorce marcianos permanecerían en nuestra base terrestre hasta 1960, con el objeto principal de proseguir los trabajos de comunicación interplanetaria y preparar un viaje a Venus. Lo que más nos alentaba era la halagadora noticia que Tage habría permanecido en Tierra.

Nosotros vivíamos un estado de verdadera exaltación. La realidad era demasiado bella para que pudiéramos soportarla con serenidad. Todo se nos

antojaba una ilusión, un sueño trocado en realidad merced a la magnífica y desprendida cooperación de los habitantes de Marte.

El lejano brillo titilante de nuestra hermosa estrella, la Tierra, nos invitaba a cruzar el espacio para volver a su seno. Teníamos sublimes mensajes para comunicarle, mensajes de paz y prosperidad. ¿Quién imaginara que dentro de ese punto luminoso, que danzaba tranquilo al compás de la divina armonía del espacio, en ese punto tan minúsculo que tan solo podíamos discernir por la aureola de la luz del Sol se encerraran las maravillas de grandes continentes, montes excelsos, mares embravecidos que lanzaban a estrellarse su furia contra graníticos acantilados; que hubiera allí colores, perfumes, flores, frutos y amores? ¿Qué hubiera allí seres maravillosos, capaces de penetrar hasta otros mundos; seres más insignificantes que un átomo de luz, con tanta nobleza, tantas pasiones, odios, soberbia y tanta insensatez como para levantar su voz contra el hacedor supremo de tantas grandezas?

Jamás habíamos visto a Dios tan grande como lo reflejara la inmensidad del espacio; al Dios que el divino visionario de Galilea definió con una súplica: Padre nuestro que estás en los cielos.

Era el diecinueve de octubre las nueve horas en Marte. Se revistieron las naves de fulgurante brillo y se lanzaron intrépidas camino del Sol.

El planeta Marte aumentó por momentos su disco hasta que sus contornos fueron delineándose en las pantallas de los periscopios para ir reduciendo gradualmente su circunferencia.

Ahora las naves tenían un impulso muy superior al que las trasportara en su venida, por marchar directamente hacia el Sol. Su velocidad cifraba en los ciento cincuenta mil kilómetros por minuto. En este lapso de tiempo los dos planetas se habían alejado cuarenta mil kilómetros en su movimiento de traslación, pero esta distancia era inapreciable.

A las tres horas cruzábamos la frontera celeste entre el campo marciano y la órbita de atracción terrestre.

Nuestra atención, absorbida completamente por una extraña emoción, se ocupaba por entero en la persistente transmisión hacia la Tierra en donde otra extraña conmoción perturbaba igualmente la serenidad de nuestros colegas, cuyas figuras tornaban a agrandarse en nuestra fantasía y en nuestros corazones.

Cambiados los primeros mensajes, una calma de inefable placer tornó a embargarnos con una plétora de nuevos sentimientos e íntimas sensaciones que nos hicieron sensibles hasta las lágrimas. El universo físico se concentraba en nuestros espíritus hasta anonadarlos y ofuscarlos por momentos.

Mientras tanto la Tierra se agigantaba y la Luna se acercaba con increíble rapidez. No teníamos noción alguna del tiempo y los cronómetros no nos interesaban.

Nos despertó del inefable letargo la voz de Tage impartiendo instrucciones que fueron moderando gradualmente la velocidad para el aterrizaje en el satélite terrestre. Cuarenta minutos era el tiempo necesario para ajustar las naves a un impulso moderado; moderación indispensable en su último trayecto de la Luna a la Tierra. Si hubiéramos entrado al campo atmosférico con esa velocidad las naves se hubieran incendiado al primer contacto.

Cuando nuestras naves tomaron contacto con la Luna eran las quince horas cuarenta minutos. Provistos de las caretas de oxígeno, abandonamos las naves que fueron sometidas a los ajustes necesarios para el control de la velocidad, mientras nosotros nos precipitamos a enviar el último mensaje a Tierra.

Las respuestas denunciaban muy a las claras viva emoción en nuestros colegas. Y había motivo. A pesar de su alta modestia, el propulsor, animador, principal autor y promotor de estos acontecimientos era nuestro director Ettore Martinelli. A él, a sus más íntimos colaboradores y a sus vidas sacrificadas por entero a la investigación, se debían los éxitos cuya coronación era inminente.

Todo dispuesto, abandonamos el satélite. Eran las dieciséis horas cincuenta minutos.

La distancia que separa la Luna de la Tierra es insignificante en comparación con la distancia de Marte a la Tierra. Nuestra velocidad sería reducida ahora al *mínimum*, sesenta mil kilómetros por hora con progresiva disminución que nos introduciría en la atmósfera terrestre con una velocidad de ocho mil kilómetros por hora.

Estaba calculado y esperado nuestro arribo al campamento para las veinticuatro horas, las doce meridiano en la Tierra.

Ya la Tierra comenzaba a delinearse con vaga penumbra. Nuestras comunicaciones con Tierra eran continuas pero incoherentes. Para nosotros y para los de tierra la realidad de esos momentos era confusa. A las veintidós horas las naves procedían con su impulso mínimo. A las veintidós cincuenta minutos todos los instrumentos nos anunciaron la presencia atmosférica y las turbinas comenzaron a accionar. A las once exactas el indeciso resplandor del manto polar nos dio la bienvenida. Estábamos nuevamente en un mundo que ya se nos antojaba extraño. A las veinticuatro horas menos diez minutos un

titilar de mil luces amigas nos invitaban a descender. Tres minutos faltaban para las doce cuando las turbinas se paralizaron en tierra.

Aquí la pluma se niega a proseguir.

Habíamos recorrido ciento veintiséis millones de kilómetros en seis días; cuarenta y seis horas de vuelo efectivo y ciento treinta y cuatro de permanencia en Marte.

Imposible referir el efecto del intercambio de nuestras impresiones.

Una sorpresa más nos era reservada. Taje desembarcaba de sus naves veinticinco quintales de oro purísimo en láminas, y en nombre del supremo triunvirato hacía entrega del tesoro a Martinelli. El oro en Marte es un metal abundante y de variadísimas aplicaciones por sus cualidades peculiares, pero no es, como en la Tierra, una unidad de valor. Sabían muy bien los marcianos que la falta de medios podía entorpecer nuestras investigaciones. Por otro lado, el hacer allegar esos medios resultaba cada día más problemático por el peligro siempre creciente de imprudentes revelaciones que entorpecerían inmediatamente los estudios. Hoy el problema desaparecía; de Marte se nos proporcionaban y seguirían proporcionándonos abundantemente los medios necesarios.

CONCLUSIÓN

Nos es imposible añadir comentario alguno a lo expuesto. Derivaremos únicamente algunas conclusiones.

Son asombrosas las aplicaciones que pueden hacerse de la energía solar. Guillermo Marconi había hecho numerosos experimentos con el resultado de sorprendentes hallazgos. Lo que más intrigaba al gran maestro era la facilidad de concentración eléctrica de las nubes, como lo demuestran sus descargas con los rayos; desde luego, sin ningún dispositivo mecánico. Se rumoró de un supuesto rayo de la muerte que afectaría ciertos órganos del cuerpo humano y de otras novedosas aplicaciones. De todo eso había mucha realidad, pero la gran mayoría de sus estudios permanecían herméticamente secretos dentro de un círculo reducido de íntimos colaboradores entre los cuales era conocido el eminente sacerdote Jesuita Gianfranceschi, de la Academia de Ciencias del Vaticano.

Dadas las circunstancias del momento muchos de esos hallazgos habrían constituido una grave amenaza en poder de ciertos gobiernos, motivo por el cual el Papa Pío XI, que era al mismo tiempo un sabio, profundo admirador y protector de Marconi, instaba a éste sobre la necesidad de la reserva. Pero las presiones casi violentas de Mussolini precipitaron la catástrofe en la vida del gran maestro, que abandonaba sus despojos carnales el 20 de julio de 1937. Sus últimas palabras, lanzadas a la cara al Duce: “No he trabajado treinta años para convertirme en verdugo del género humano”, hundían en el ocaso un sol; pero con el anuncio de una más bella y esplendorosa aurora.

Desde el año 1936 Marconi había intentado alcanzar, con el lanzamiento de poderosas ondas eléctricas, la atención de los hipotéticos

habitantes de Marte y de Venus, recavando la impresión de ser oído. No cabía duda que seres inteligentes habitaban esos planetas. Varios de sus discípulos iniciaron la empresa de constituir un colegio científico para continuar las labores del maestro, procurando alejar sus frutos del alcance de los cazadores de inventos para fines bélicos; los resultados ya los hemos consignado. Muchas otras cosas se harán públicas oportunamente; mientras tanto queremos traer a la consideración de los hombres de buena voluntad algunas reflexiones.

El mundo es más grande y más bello de lo que creemos. Habitan otros mundos seres inteligentes como nosotros. La inteligencia es una facultad cuyas manifestaciones son idénticas en cualquier parte del universo, variando únicamente su mayor o menor desarrollo según las circunstancias del ambiente, como la luz del sol es idéntico en todo el sistema solar, variando únicamente sus efectos conforme las circunstancias del medio en que se desarrolla su acción. Como en la Tierra hay lugares en los que el medio presta mayores facilidades a la evolución (entendemos siempre por evolución las manifestaciones accidentales, la substancia nunca evoluciona), así hay en los diversos astros o planetas seres más o menos evolucionados que nosotros. Retrocedamos dos mil años en nuestra historia y tendremos a los habitantes de Venus; adelantémonos dos mil años y estaremos en Marte.

La inteligencia nunca evoluciona, siempre ha dado las mismas manifestaciones. En todo el decurso de la historia hallaremos genios auténticos: Arquímedes, Solones, Aristóteles, Césares, Augustos, Homeros, Cicerones, Dantes, Leonardos, Miguelángeles y Marconis. En toda la historia encontraremos monstruos: Heliogábalos, Atilas y Stalins; y genios híbridos:

Alejandros, Napoleones y Hitlers. Las demás manifestaciones de ciertos progresos materiales no son más que consecuencias del experimento físico, que con frecuencia han ejercido opresión sobre el espíritu.

¿En qué puede extrañarnos el progreso de los habitantes de Marte? En la eterna lucha entre espíritu y materia los marcianos han logrado el nivel de justo equilibrio, coordinación de sus aportes y, por natural consecuencia, desarrollo efectivo de ambos.

¿Qué no lograríamos en la Tierra si no sacrificáramos el espíritu a la materia? ¿Si despojáramos nuestra ciencia de tantas insensateces? ¿Si coordináramos nuestras investigaciones? ¿Si canceláramos de nuestro globo todas las líneas divisorias que nos separan física y moralmente? La tierra tiene una sola frontera, su circunferencia; tiene un solo límite, marcado por el Sol.

Habitantes de la Tierra, arrojemos las armas destructoras en cara a los tiranos. Hagamos de los odios una pira inmensa y sobre sus cenizas edifiquemos un altar con graníticas columnas de unión e inciensos de espíritus en reconocimiento al Dios supremo, causa de todas las causas.

Este despertar está cercano. La materia es impotente ante el espíritu, porque el espíritu es infinito. La alianza entre el espíritu y la materia nos dará la paz anhelada. El mundo es bello, es grande. Acordémonos que la noche es circunstancial pero el Sol ilumina siempre.

Los marcianos visitan nuestro planeta y el objeto de esta publicación es el de invitar a todos los habitantes de la Tierra a buscar su alianza. Grábense escudos del globo de Marte, de sus emblemas religiosos y portémoslos visiblemente sobre nuestras personas, en nuestros vehículos y grabémoslos en

nuestros edificios. Enmendemos las erróneas concepciones de ciertas películas, diarios y revistas. Ostentemos deseos de alianza, paz y amistad.

En la noche serena, elevemos nuestra mirada al firmamento en que millones de astros cantan el himno maravilloso de armonía y de paz. Pensemos en las bellezas que encierra cada uno de esos puntos luminosos, pensemos en los miles de millones de inteligencias que piensan en nosotros y como nosotros; el mundo, la tierra y la vida nos parecerán más bellos, más dignos de vivirse. ¡Elevemos un nostálgico recuerdo a nuestros vecinos de Marte y olvidando las pequeñeces terrestres, unámonos con ellos a ese coro universal y veremos cuan grande es Dios y qué bella es su obra!

FIN